3371

Diamantes de la Corona

Campoamor

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 31 — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 91 á 93)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

LOS DIAMANTES DE LA CORONA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE SCRIBE,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON,

MÚSICA DE

D. FRANCISCO A. BARBIERI.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

La propiedad de esta zarzuela, la del de

Flor de un dia.
Espinas de una flor.
Libertinaje y pasion.
Una ráfaga.

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.
Tres para una.
Guerra á muerte.
El Vizconde.
El Diablo en el poder.
El Lancero.
Juan Lanas.
Una vieja.
Una niña.
La Jardinera.
Por conquista.
Un pleito.
Beltran el aventurero.
Un Cocinero.
¡Quien manda manda!!
El diablo las carga.
El zapatero y el banquero.
El gran bandido.
Del palacio á la taberna.
Los dos mellizos.
Los suicidas.
Marina.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

A la Excma. Sra.

MARQUESA VIUDA DE CASTEL-DOSRIUS

Su afectísimo amigo Q. B. S. P.

F. Camprodon.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL CONDE DE CAMPOMAYOR, ministro de justicia	Sr. Caltañazor.
DIANA, su hija	Sta. Di Franco, Carolina.
MARQUÉS DE SANDOVAL, su sobrino	Sr. Sanz.
D. SEBASTIAN, jóven oficial	Sr. Cubero.
REBOLLEDO, jefe de monederos falsos	Sr. Becerra.
CATALINA	Sta. Di Franco, Clarice.
ANTONIO. } Monederos.	Sr. Marron.
MUÑOZ... } Monederos.	Sr. Diaz.
UN UGIER	Sres. N. N.
UN CRIADO	
UN ESCRIBANO	

Damas, cortesanos, soldados y bandidos.

La escena se supone en Portugal en 1777, despues del reinado de José I y durante la minoria de su hija Maria Francisca. Los dos primeros actos en los alrededores de Coimbra y el tercero en Lisboa.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa las ruinas de una capilla subterránea en medio de una montaña: en el fondo una escalera medio derruida que baja de lo alto: á la izquierda la entrada de un subterráneo oculto entre rocas: á la derecha una entrada perfectamente disimulada. Tempestad en la parte de afuera.

ESCENA PRIMERA.

Una porcion de BANDIDOS fumando, medio echados, y al subir el telon se van levantando.

CORO.

Vuelta al trabajo,
basta de holgar,
que en los crisoles
hierve el metal.
En el silencio
y oscuridad
nuestra grande obra
vá á terminar.
Desde hoy podemos,
sin miedo ya,
nuestras fortunas

608702

asegurar:
poco nos falta
para acabar;
sobre los yunques
siga el plan, plan.
Al que vemos dominado
del vil oro por la fiebre,
con un oro simulado
se le dá gato por liebre:
que los falsos monederos
hijos son de Belcebú,
pues sin minas ni mineros
vá con ellos el Perú.
(Desaparecen todos hácia los subterráneos.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE SANDOVAL, aparece en lo alto de la escalera.

MARQUÉS. Que estalle el rayo, que brame el trueno,
que se desgaje de lluvia un mar,
en mi camino siempre sereno
de la fortuna voy al azar.
Mas si unos ojos de sol,
fijan sus rayos en mí,
ó de tez fresca el arrebol
ó de unos labios el alhelí,
entonces sí
que no hay remedio ya para mí.
Animado de repente
el latido de mi vida,
con el alma estremecida
de esperanza y de placer,
son los ojos que me quieren
el espejo en que me miro,
y hallo un cielo, en donde aspiro
un aliento de mujer.

Parece que ya cesaron
los truenos: sí, voto á san!...

Con el maldito buracan
mis cabellos se asustaron.
Temiendo que el postillon
cometiese un desacierto,
una pobre ermita advierto
y entro en ella de rondon.
Llamo, grito, ni por esas;
y esperando á ver si escampa
observo abierta una trampa
entre las ramas espesas:
mas viendo que nadie llega,
se me ocurrió de repente
que el bendito penitente
estaria en la bodega:
pero salieron fallidos
mi cálculo y mi poyecto,
pues esto tiene el aspecto
de una cueva de bandidos.
Qué mal se viaja, qué mal,
por caminos tan atroces!
Cada bache, dice á voces
que estamos en Portugal.
Aquí un tumbo me desquicia,
allí la vida en un tris;
lo siento por mi pais,
pero le he de hacer justicia.
(Se oyen los martillazos de los mon
Oiga! Qué es ese trasiego?
Pues en ocasion pareja
el buen sentido aconseja
tomar las de villadiego.
(Al dirigirse á la escalera vé á los bandidos que bajan y va á esconderse á la izquierda.)

ESCENA III.

REBOLLEDO, en lo alto de la escalera: ANTONIO y detrás MUÑOZ, bajando una maleta.

REBOLL. Ya pueden echarle un galgo
al coche; buen tumbo dió!
SANDOV. (Pues aquí me escondo yo

hasta ver por dónde salgo.)

REBOLL. Estás ahí todavia?
A ver si bajas, Antonio.

ANTONIO. Si pesa mas que el demonio
esta maleta. (Bajando.)

SANDOV. (Es la mia.)

REBOLL. Qué ha de pesar, si es un lio?

ANTONIO. Tómala á pulso y verás.

REBOLL. Ojalá pesára mas.
Y el criado?

ANTONIO. Huyó.

SANDOV. (Es el mio.)

REBOLL. Qué traza tan torpe y ruda
tenia el mostrenco aquel!

ANTONIO. Pero piernas de lebrel.

SANDOV. (Es Pedro, no cabe duda.)

ANTONIO. Estupendo vuelco fué
el que tiro y coche han dado!
Hasta el abismo han rodado.

SANDOV. (Bravo! me he quedado á pie!)

ANTONIO. Qué buena ocurrencia ha sido
haberlo desbalijado.
Porque al fin tanto ganado...

SANDOV. (Para mí tanto perdido!)

REBOLL. Qué contiene?

ANTONIO. Algunos duros,
trajes, papeles, enseres,
seis retratos de mujeres
y cuatro mazos de puros.

REBOLL. Son habanos?

ANTONIO. No que no!

REBOLL. Sácalos, los probaremos.
Fuma tú tambien. (Le da uno.)

ANTONIO. Fumemos.

SANDOV. (Y ahora, qué fumo yo?)

REBOLL. Buen tabaco!

ANTONIO. Cosa fina!

REBOLL. Vuelve á cerrar la maleta,
sin tocar ni una peseta,
hasta que esté Catalina.

ANTONIO. Y qué tiene ella que ver
en nuestras expediciones?

REBOLL. Á mis órdenes te opones?
ANTONIO. Por qué no me he de oponer?
Solo dos veces aquí
ha venido esa doncella;
vamos á ver; quién es ella
para mandarnos así?
REBOLL. Quién es? Voto á Balcebú!
Antonio, es sobrina mia,
hija de uno que valia
mas que ciento como tú.
De Salvador Robolledo,
que tanto os enriqueció,
y que sabeis que murió
sin saber lo que era miedo:
del gran falsificador
á quien todos acataron.
ANTONIO. Recuerdo cuando le ahorcaron:
fué un genio que murió en flor.
MUÑOZ. Si él viviese, todavia
habria tiros como antes,
y no hariamos diamantes
trabajando noche y dia.
REBOLL. Miren los cuerpos de dama!
No es mejor tener segura
una riqueza futura
y el morir en vuestra cama?
ANTONIO. Ya! Si fuera asegurado...
Mas sin garantias...
REBOLL. Quedo:
os lo dice Robolledo,
que jamás os ha engañado.
ANTONIO. Como no nos viene á ver
mas que muy de tarde en tarde...
REBOLL. Antonio, solo un cobarde
habla mal de una mujer.
ANTONIO. Si no es que yo hable mal de ella.
Dios me libre de ultrajarla!
Soy el primero en hallarla
tan discreta como bella.
Pero, qué quieres? me pesa
ver el cambio que ha sufrido.
Quién la hubiera conocido

con ese aire de duquesa!
Te acuerdas cuando chiquita
que entre nosotros andaba,
con qué gracia nos cantaba
nuestra cancion favorita,
que nos daba aquel placer...
«La blanca luna vertia»...

REBOLL. No la olvidó: todavia
la tarareaba ayer.
Has de saber, que mi hermano
quiso, viendo su talento,
educarla en un convento
como á hija de un soberano:
hoy su instruccion y su porte
y hermosura singular,
le han hecho muy buen lugar
en la nobleza y la córte;
y esa posicion propicia,
que de vernos la retrae,
la utiliza, si uno cae
en manos de la justicia.

ANTONIO. Tienes razon: siendo asi
ya no vuelvo á chistar mas.

REBOLL. Y tanto, que ahora verás
lo que un dia hizo por mí.
Sabeis que una inicua ley
manda que sea ahorcado
todo el que en cobre dorado
haga el retrato del rey.
Yo, industrial de profesion,
aprovechando mis ratos,
hice de él muchos retratos
de la forma de un doblon.
Héte aquí, que á lo mejor,
mi industria llegó á noticia
del ministro de justicia
Conde de Campo-Mayor;
y hallándome sin arrimo,
ni proteccion, ya se ve,
me condenaron...

ANTONIO. A qué?

REBOLL. Nada: á servir de racimo.

Daba ya la primer hora
de mi postrera jornada,
cuando en la noche callada
una mano bienhechora
á mi gergon se avecina:
levantarme me mandó...

ANTONIO. Y te libró?

REBOLL. Me libró.

ANTONIO. Y fué tal vez?...

REBOLL. Catalina.
Y desde aquel dia, aquí
guardo del favor la huella:
no soy yo quien manda en ella,
es ella quien manda en mí.

ANTONIO. Juro cien veces y cien,
si me manda echarme al fuego,
obedecer como un lego,
sin vacilar.

REBOLL. Y harás bien:
pues si alguno por su mal
la faltára al miramiento,
haria conocimiento
con la hoja de mi puñal.
Cuando delante la tengas
verás si de opinion mudas:
la fortuna de que dudas
quizás hoy mismo la obtengas.

ANTONIO. Conque hoy viene á vernos?

REBOLL. Sí:
por la subterránea via
que dá paso á la abadia,
que está á una milla de aquí.
Llegó en un coche cubierto:
si vieras con qué cumplido
á recibirla han salido
los monjes de San Huberto!
Quedó en que vendria á veros
á inspeccionar el trabajo:
conque tira del badajo
y que suban los obreros.

ANTONIO. Rebolledo! Traicion!
(Al encontrar á Sandoval, que está oculto detrás de

(una roca)

SANDOV. Atrás, canalla! abrid paso! (Tirando del sable.)

REBOLL. Rinde la espada, ó te abraso. (Montando una pistola.)

(Salen los obreros, que cogen á Sandoval y le desarman.)

Responde sin dilacion;
cuáles eran tus deseos?
á qué has penetrado aquí?

SANDOV. Y eso qué te importa á tí?

REBOLL. Llevadle abajo.

ESCENA IV.

DICHOS y CATALINA, que sale por una puerta secreta de la derecha.

CATAL. Teneos.

RELOLL. Catalina! (Descubriéndose.)

TODOS. Catalina! (Id.)

SANDOV. Belleza mas singular!
Qué poder particular
tiene, que asi les domina!

CATNL. Quién eres, cómo te llamas?

SANDOV. El marqués de Sandoval.

CATAL. Es nombre que en Portugal
conocen todas las damas.

SANDOV. Si conoces mi linaje
sabrás tambien mi nobleza.

CATAL. Has sentado la cabeza
en tus seis años de viaje?

SANDOV. En cuanto á eso, poco á poco:
si en mi mocedad primera
era un tanto calavera,
ahora vuelvo ya...

CATAL. Loco.
Estuvieras si no aquí?

SANDOV. Casualidad puramente.
Mas viviera expresamente (Con galanteria.)
á saber de hallarte á tí.

CATAL. Y si te doy malos tratos?

SANDOV. No.

CATAL. Qué trae en su equipaje?
REBOLL. Trajes, valonas de encaje,
papeles, oro y retratos.
Se sacarán si quereis.
CATAL. De mujeres, no es verdad?
No tengo curiosidad:
devolvérselos podeis.
Quién se fia de pinceles?
es pintar como querer.
REBOLL. Qué se le ha de devolver?
CATAL. Todo, menos los papeles.
Ved qué tiene en la cartera.
REBOLL. Un salvoconducto en blanco,
para darle paso franco
por el reino y la frontera,
á él y á su comitiva:
firmado por el señor
Conde de Campo-Mayor.
CATAL. Te acuerdas de él?
REBOLL. Mientras viva.
CATAL. Guardad ese documento,
que puede sernos preciso.
REBOLL. Toma, Antonio, de comiso.
CATAL. Despues os diré mi intento.
En cuanto al noble marqués,
para que calle el suceso,
le tendremos aquí preso
un par de meses ó tres.
SANDOV. Dos ó tres meses!
REBOLL. Chiton!
CATAL. Has de pagar tu imprudencia.
SANDOV. Hija, no: de esa sentencia
interpongo apelacion.
CATAL. La hallas injusta?
SANDOV. Ya ves.
Es un grave inconveniente
cuando hay un negocio urgente.
CATAL. Bien: me lo dirás despues.
Rebolledo?
REBOLL. Qué mandais?
CATAL. Los trabajos consabidos
cómo se hallan?

REBOLL. Concluidos:
podeis verlos si gustais.
SANDOV. (Vamos; yo estoy asombrado!
qué ladrones tan galantes!)
REBOLL. Vedlos, señora. (Mostrando una caja.)
SANDOV. (Diamantes!
Á cuántos habrán limpiado!)
CATAL. Bien; muy bien: veo cumplida
esa ilusion seductora;
y es justo daros ahora
la recompensa ofrecida.
Y en prueba de gratitud
á vuestra fidelidad,
por mi cuenta, antes echad
un brindis á mi salud.
(Rebolledo les da vino.)
ANTONIO. Venga vino á troche y moche;
y que nuestra ama agraciada,
nos cante nuestra balada,
de los hijos de la noche.
SANDOV. (No he hecho mal disparate
bajando aquí.)
REBOLL. La señora,
quiere el chocolate ahora?
CATAL. Despues.
SANDOV. (Toma chocolate!
Con qué respeto y mesura
se hace tratar la taimada!
Tendrá un alna atravesada...
Lástima de criatura!)
ANTONIO. Vuestra cancion esperamos.
CATAL. Pues cumplisteis bien, es justo
que Catalina os dé gusto.
ANTONIO. Á punto el coro.
TODOS. Ya estamos.

BALADA.

CATAL. En noche callada vertia la luna
su blanco fulgor,

y alumbra su rayo la negra fortuna
de un triste amador.
Buscando la muerte corria perdido
de un bosque al través,
y envuelto en las sombras escúchase un ruido
debajo sus pies.

CORO. Es media noche ya.

CATAL. Qué será?

CORO. Al que en pobreza extrema
llore su afan,
los hijos de la noche
le salvarán.

CATAL. Con alma atrevida del bosque en el seno
audaz penetró,
y al dia siguiente, de dádivas lleno
alegre volvió,
La ingrata belleza, sedienta de goce
adora hoy en él;
y desde aquel dia, en dando las doce
exclama el doncel.

CORO. Es media noche ya.

CATAL. Qué será?

CORO. Al que en pobreza extrema
llore su afan,
los hijos de la noche
le salvarán.

SANDOV. (A mí mismo me enajena
su manera de cantar:
es cosa particular;
tiene una voz de sirena.)

CATAL. Id ahora á derribar (Á los bandidos.)
los hornos y el material. (Váuse.)

ESCENA V.

CATALINA, SANDOVAL y REBOLLEDO.

CATAL. Llegó tu vez, Sandoval.
Qué me tienes que contar?

SANDOV. Veo que sobra un testigo.
CATAL. Habla cual si no estuviera.
SANDOV. Lo haré; pero prefiriera
hablar á solas contigo.
Te lo diré sin rebozo:
en cualquier otra ocasion
los tres meses de prision
me llenarian de gozo:
porque con tal que tú fueras
tierna carcelera mia,
pasara en tu compañia
toda mi vida.
CATAL. De veras? (Con ironia.)
REBOLL. Háblala mas comedido. (Bruscamente.)
SANDOV. Yo no sufro, voto á tal!
que á un noble de Portugal
dicte leyes un bandido.
REBOLL. Por buenas ó malas vias
las tendrás que obedecer.
SANDOV. Eso es lo que falta ver.
CATAL. Tengan paz sus señorias.
SANDOV. No es mi título ese.
CATAL. No?
Te subiré el tratamiento.
SANDOV. No es eso: es que no consiento
parangon entre él y yo.
CATAL. (Me place su arranque fiero.)
Prosigue tu relacion.
SANDOV. Sigo, y te pido perdon,
si estuve ante tí grosero.
Seis años ha que salí
de mi pais á viajar,
y en un tragin sin cesar
media Europa recorrí:
y héte aquí, que á lo mejor
recibo una carta urgente
del buen ministro y regente
Conde de Campo-Mayor,
que de nuestra monarquia
ejerce la autoridad,
mientras la menor edad
de nuestra reina Maria.

CATAL. Ese es uno de los tres
regentes de Portugal.
SANDOV. Es mi tio.
CATAL. Buen caudal!
me alegro mucho, Marqués.
REBOLL. Si cayera en poder mio
me la habia de pagar:
él fué quien me mandó ahorcar.
SANDOV. Pues! Los golpes de mi tio.
Desde que está en el poder,
cuando alguna cosa ordena,
de fijo, que siendo buena
se la deja á medio hacer.
CATAL. Vamos, Marqués, por favor
un poco mas de indulgencia.
SANDOV. Sigo pues, con tu licencia.
Mi tio Campo-Mayor
tiene una hija, de hermosura
segun dicen, soberana.
CATAL. La cual se llama Diana.
SANDOV. La conoces por ventura?
Sabrás que es muy bella.
CATAL. Así
todo el mundo lo asegura:
la educa en Estremadura:
nunca en la córte la vi.
SANDOV. Jamás ha ido, en efecto;
antes de partir, quedó
concertado entre ella y yo
un casamiento en proyecto.
Mi tio, que al parecer,
quiere poner fin al plazo,
para celebrar el lazo,
me manda pronto volver;
y siendo mañana el dia
que él se sirvió señalar,
me faltan para llegar
treinta leguas todavia.
Con que ya ves si es urgente,
que ande como una centella
no por mí, sino por ella:
la pobre estasá impaciente.

CATAL. Son razones de valer
y tendré que darte suelta:
alguno hay, á quien tu vuelta
no dará mucho placer.
SANDOV. De veras, eh?
CATAL. Un cortesano
que constante á ella se arrima.
SANDOV. Ca! Yo conozco á mi prima:
perderá su tiempo en vano.
CATAL. Vé pues, con dos condiciones
que has de jugar aquí.
SANDOV. Dulces serán para mí,
cuando tú me las impones.
CATAL. La primera es el callar
hasta á tu mejor amigo,
cuanto aquí pasó conmigo.
SANDOV. Tranquila puedes quedar.
CATAL. La segunda es, que jamás
me debas reconocer
cuando me vuelvas á ver.
SANDOV. Esa me costará más,
CATAL. Pues tambien esa te pido.
SANDOV. La cumpliré, aunque no son
rasgos de tal perfeccion
para echarlos en olvido.
CATAL. Rebolledo?
REBOLL. Mi señora?
CATAL. Acercad aquí una mesa,
y el chocolate.
(Rebolledo saca una mesita con una taza de chocolate.)
SANDOV. (Me pesa
casi el ausentarme ahora.)
REBOLL. No quereis frutas algunas?
CATAL. No, gracias.
SANDOV. (Si me atreviera,
una taza le pidiera,
porque me pilla en ayunas.)
CATAL. Estás cansado?
SANDOV. Ne: pero
siento cierta languidez...
CATAL. Acabarás de una vez! (Sonriendo.)

otra taza al caballero.
Me pesa mucho, Marqués,
no poderte ofrecer más:
pero tú lo tomarás
de buen grado tal cual es.

SANDOV. Con gran placer, Catalina:
(Se sienta á la mesa.)
eres demasiado buena.

CATAL. Eso no vale la pena.

SANDOV. (Esta muchacha es divina!)
Creerás que tengo un pesar
de ausentarme de tu lado?

CATAL. Pues no estás enamorado?

SANDOV. No lo osaria afirmar;
y hasta recelos me asaltan
de que no viendo tus ojos,
voy á correr con enojos
las treinta leguas que faltan.

CATAL. No es tu prima la mas bella...

SANDOV. Lo he creido aun hasta ayer;
pero al verte antes que á ella
he enmendado el parecer.

CATAL. De qué viene, caballero,
ese cambio de opinion?

SANDOV. De tu rostro, que echicero
me ha llegado al corazon.

REBOLL. Ni á tu hidalguia,
ni á tu nobleza,
se le permite
tanta franqueza.
Ni estés con ella
tan temerario,
de lo contrario
habrá un motin.

SANCOV. Manda que calle
ese mastin.

CATAL. Guarde silencio,
Seo Valentin.

SANDOV. Si viviendo entre esos viles

te prendiesen...

CATAL. Bien: y qué?

SANDOV. Que no son los alguaciles
nada atentos.

CATAL. Ya lo sé.

SANDOV. Si en las garras tú cayeras
de la santa inquisicion!...

CATAL. Me tostáran y tú fueras
quizá á ver la ejecucion.

REBOLL. Yo no tolero,
no, voto á cribas!
suposiciones
tan ofensivas.
Tales absurdos
debes callarle,
sin augurarle
muerte tan ruin.

SANDOV. Manda que calle
ese mastin.

CATAL. Guarde silencio,
Seo Valentin.

SANDOV. No creas, ay! que viera
yo tu martirio en calma,
la llama de tu hogera
me abrasaria el alma.
Si el infortunio crudo,
en tí se ceba un dia,
á tu beldad, de escudo
mi vida servirá.

CATAL. Resuena lisonjera
su voz en mis oidos,
y por la vez primera
la siento en mis latidos.
Por mas que el labio mudo
disfrace su alegria,
del alma mia dudo
si lo revelará.

REBOLL. Me temo que el tronera
se va á llevar la palma,
pues por la vez primera
le da un ataque al alma.
Si disgustarme pudo

su enfática hidalguia,
al ver que la ama, dudo
si le aborrezco ya.

SANDOV. Aquí hay mil riesgos,
créeme á mí:
ven y al peligro
yo pondre fin.

CVTAL. En este trance,
créeme á mí,
no hay mas peligro
que oirte á tí.

SANDOV. En mi brazo ten confianza,
niña bella;
de mi norte y mi esperanza
sé la estrella.
Sin tus ojos, mi querida,
de mi vida qué será?

REBOLL. Que el chocolate se enfriará.

CATAL. Que ese capricho se olvidará.

SANDOV. Nunca olvidarte mi amor podrá.

SANDOV. Qué me dices?

CATAL. Que es urgente
partir como una centella.
No por tí, sino por ella...
la pobre estará impaciente.

SANDOV. Catalina...

CATAL. Rebolledo,
devolvedle su carruaje,
y que siga su viaje.

REBOLL. Aunque quisiera, no puedo.

CATAL. Preparadlo á toda costa.

REBOLL. Señora, cayó en el rio.

CATAL. Pues entonces dadle el mio
hasta la primera posta.

SANDOV. Su carruaje! estoy perplejo.

CATAL. Parte: conviene á los dos.

SANDOV. Antes del postrer adios
quisiera darte un consejo.
Es arriesgado tu oficio.

CATAL. Tiene el riesgo su placer.

SANDOV. (Esta singular mujer

me haria perder el juicio!)
De qué servirán tus artes
si la inquisicion te arresta?

CATAL. Con una cara como esta
se escapa de todas partes.

SANDOV. Te prenderán.

CATAL. Desatino!

SANDOV. Mi tio te ahorcará.

CATAL. Yo sé quién le ablandará

SANDOV. Quién?

CATAL. Su hija y su sobrino.

SANDOV. Contarás conmigo?

CATAL. Pues!

SANDOV. Nada exiges?

CATAL. Lo tratado.

SANDOV. Adios, ángel descarriado.

CATAL. Adios, galante Márqués.

(Váse el Marqués y le sigue Rebolledo con la maleta.)

ESCENA VII.

CATALINA.

Hé aquí una grata impresion
debida solo al azar:
me empezaba á interesar
su buena conversacion.
Una extraña simpatia
estableció de repente
cierta mágica corriente
entre aquella alma y la mia.
Se quedará en embrion
esta agradable aventura!
Si él me amára... qué locura!
No sueñes mas, corazon.

ESCENA VIII.

CATALNA, ANTONIO y MONEDEROS.

ANTONIO. La fábrica está deshecha:

hornillos, moldes y pasta.
Mandad otra cosa.

CATAL. Basta:
estoy mas que satisfecha:
prestadme ahora atencion.
El gobierno ha dirigido
un ejército aguerrido
en vuestra persecucion.
Su número y experiencia
en las contiendas de Marte,
harian por vuestra parte
inútil la resistencia;
y ademas, fuera locura
ir á exponer vuestra vida
cuando teneis adquirida
una fortuna segura.
Una arca hallareis allí;
(Señala el lugar por donde ha venido.)
traedla: en ella contados
teneis en buenos ducados
los premios que os ofrecí.
Aquí, la muerte os espera:
os entrego todo mi oro;
dividios el tesoro
y huid á tierra extranjera.
El salvoconducto en blanco,
que quitamos al Marqués,
hasta el confin portugués
os abrirá paso franco.
Hay grave riesgo, os lo advierto;
por si evitarlo quereis,
hábitos allí teneis
de monjes de San Huberto.
Asi evitareis la lucha
y el botin podreis salvar;
pues nadie va á registrar
á las gentes de capucha.

ANTONIO. Bendecidnos á lo menos
antes de nuestra partida.

CATAL. Basta ya de mala vida:
pues sois ya ricos, sed buenos.
(Váse, y se cierra tras ella la puerta secreta.)

ANTONIO. Sabe decirlo de un modo...
casi me ha hecho llorar:
es nuestro ángel tutelar,
ella piensa en todo, en todo.

ESCENA IX.

DICHOS y REBOLLEDO, que baja precipitadamente.

REBOLL. Pronto amigos, pronto amigos,
ojo al Cristo,
que se acercan enemigos:
los he visto:
Mucha tropa de ruin traza
se avecina,
con aspecto que amenaza
degollina.
Toda es gente de bigote
y de denuedo;
con mosquete y chafarote
que da miedo.
Tras su jefe decidido,
en larga hilera
van, cual perros que han olido
la huronera.
Y en este trance
cómo salvarnos
cómo escaparnos
no acierto yo.

CORO. No tengais miedo.
seo Rebolledo.
que Catalina
ya lo previó.
Tenemos hábitos
de San Huberto,
y ellos, de cierto,
nos salvarán.
A vos os toca
burlar su intento,
pues del convento
sereis guardian.

REBOLL. y CORO. Vengan los hábitos
que á llegar van.
(Vánse hácia la izquierda llevándose la caja.)

ESCENA X.

D. SEBASTIAN y SOLDADOS, bajando por la escalera.

CORO. Quedo, quedo, callandito:
chito!
Aquí hay traza de haber pesca
fresca.
Percibir me ha parecido
ruido.
Si serán, si no serán?
Aquí mismo, desdichados,
como chinches moririán.
Si nos piden condiciones,
nones.
Y el que frente nos hiciera,
muera.
Sin descanso ni sosiego,
fuego
contra todo malandrin.
Y aquí mismo como hermanos,
partiremos el botin.
Al oido atento viene
un confuso y triste son:
enterarnos nos conviene
si son sombras ó no son.
Pardos bultos de las bóvedas
avanzando hácia aquí van,
y es prudente oir las órdenes
que nos dicte el capitan.

SEBAST. Pronto, soldados,
en formacion.

(En este momento van saliendo los bandidos, vestidos de monjes de San Huberto, en procesion y con cirios en la mano. Cuatro de ellos, traen en medio y en los hombros la caja del dinero que les dió Catalina. Todos van muy cabizbajos.)

SOLDADOS. Alto; quién vive?
CORO DE BAND. *Kirie eleison.*
SEBAST. Nuestro buen celo
nos engañó.
De San Huberto
los monjes son.
Quién de usarcedes
(Dirigiéndose á los bandidos.)
es el prior?
REBOLL. Qué se le ofrece? (Fingiendo la voz.)
SEBAST. Quiero de vos
de esa plegaria
la explicacion.
REBOLL. Vos, por lo visto,
de aquí no sois.
Cuando hay tormentas
recias como hoy,
vienen los monjes
en procesion,
para que calme
la ira de Dios.
SEBAST. Qué hay en esa arca?
RELOLL. La salvacion.
SEBAST. Cómo?
REBOLL. Un tesoro
de gran valor:
huesos de un santo
que aquí murió
SEBAST. Mandad abrirla.
REBOLL. Guárdele Dios
de semejante
profanacion.
Cuentan las crónicas
que un pecador,
fuera del templo
como estais vos,
por querer verlas...
SEBAST. Y bien?...(Muy solícito.)
REBOLL. Cegó.
(Estupor en los soldados.)
SEBAST. Padre, yo nunca
tuve intencion

de hacer ninguna
ofensa á Dios.
De mi ignorancia
pido perdon;
y honraré al santo
como quien soy.

REBOLL. Dios os mantenga
la devocion;
que honrando al santo
honrais á Dios.
Pero entre tanto
por la intencion,
bueno es que rece
el yo pecador.

SEBAST. El cielo os guarde.

REBOLL. Tambien á vos.
Siga su curso
la procesion.

SEBAST. Presenten armas!
Bate, tambor.

(Los monjes van subiendo cantando el *Kirie eleison*, y los soldados muy graves, haciendo los honores en correcta formacion. Cae el telon

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de la quinta del Ministro. Puerta en el centro. Cuatro puertas laterales con cortinajes salientes á la escena: ventana á la izquierda del actor entre las dos puertas. Piano á la derecha, y encima de él revistas, periódicos, etc.—A la izquierda mesa de juego. La puerta interior de la derecha es el cuarto de Diana; la de mas al público salon de baile. La interior de la izquierda, el bufete del Ministro, y la de mas al público se supone que sale á una escalera que conduce al patio.

ESCENA PRIMERA.

DIANA y D. SEBASTIAN.

DIANA. No hay remedio á nuestro mal.
SEBAST. Salió como yo os decia,
que al fin se presentaria
vuestro primo Sandoval.
Y por cautivar su agrado
os pusisteis hechizera!
DIANA. Y qué queriais que hiciera
si mi padre lo ha mandado?

SEBAST. Hoy firmareis el contrato
y mañana os casareis!
DIANA. Si es cierto que me quereis,
por qué me afligis, ingrato!
SEBAST. Vamos, yo me desespero.
No le quereis, y os casais?
DIANA. Por qué vos mismo no vais
á decir que no le quiero?
SEBAST. Yo? Pues no faltaba mas!
Cuando mi vida salvó
dos veces quereis que yo
le dijera... eso jamás!
Y luego, antes de partir
me encargó que vigilara
que nadie os enamorara:
ya veis... primero morir.
Cuanto soy y cuanto valgo
se lo debo todo á él;
en mí, seria un papel
indigno de un pecho hidalgo.
DIANA. Y cuando con fé completa
vuelve á buscar á su amiga,
quereis que yo se lo diga
y que pase por coqueta?
Eso no lo haré en mi vida
por mas que mi dicha pierda.
SEBAST. Y yo cogeré una cuerda
y me colgaré en seguida.
DIANA. Don Sebastian!
SEBAST. Ay! Diana!
DIANA. Pues qué hacemos?
SEBAST. Qué sé yo!
DIANA. Quereis que me case?
SEBAST. No!
DIANA. Habrá suerte mas tirana!
SEBAST. Si, Diana; en este punto
la mia es mucho mas fiera,
pues tengo una charretera
y un caudal de amor, por junto.
Acechando una ocasion
de ascender, en cuanto oí
hablar de bandidos, fuí

á mandar la expedicion.
Y no quedó un matorral
que yo á registrar no fuera:
pero nada; no hay siquiera
un bandido en Portugal.

DIANA. Y mi padre que se empeña
en que hoy se firme el contrato!

SEBAST. De veras? Pues hoy me mato!

DIANA. Si una esperanza halagüeña
que mi mente me sugiere
saliese cual yo deseo...

SEBAST. Una! Cuál es?

DIANA. Que yo creo
que mi primo no me quiere.
Hace ya una noche ó dos,
que en vez de aquel genio vivo
está triste, pensativo...

SEBAST. Claro! Porque piensa en vos.

DIANA. No lo creais; si se arrima
cerca de mí, por capricho,
habla á solas: ni aun me ha dicho
buenos ojos tienes, prima,
Y es consecuencia forzosa
la que saco yo de aquí,
que Enrique no piensa en mí
porque piensa en otra cosa.

SEBAST. Y qué tiene eso que ver
para impedir la...

DIANA. Torpeza!
que su frialdad y tibieza
prueban que ama á otra mujer.

SEBAST. Fuera una chanza pesada.

DIANA. Un crímen!

SEBAST. Que clama á Dios.
(Mirando á Diana y cambiando de tono.)
Verdad que nasotros dos...

DIANA. Por eso no digo nada.
Precisamente hácia acá
con mi padre se dirige:
ved ahora lo que os dije,
qué triste y sombrio está.

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE DE CAMPOMAYOR, que sale delante suponiendo que su sobrino le escucha, y Enrique sale detrás de él completamente distraido y embebido en sus pensamientos, sin reparar en nadie.

CAMPOM. Es lo mejor: esta noche
firmaremos el contrato:
se descansa luego un rato
y saldremos en mi coche.
Despues del ceremonial,
de un escape, y sin dar treguas,
haremos las treinta leguas
que hay de aquí á la capital.
Y dentro tercero dia
hago tu presentacion,
en la real coronacion
de nuestra reina Maria.
Es forzosa mi asistencia:
los tres colegas al par,
tenemos que presentar
las cuentas de la regencia;
y espero con fundamento
hacer constar claramente,
que en mí han tenido un regente
de habilidad y talento.
SANDOV. Imposible! (Siempre distraido.)
CAMPOM. Cómo?
SANDOV. Qué? (Volviendo en sí.)
CAMPOM. Dudas de mi habilidad?
SANDOV. No: pero... á decir verdad,
no sé de qué hablaba usted.
CAMPOM. Esas tenemos, sobrino?
SANDOV. Ruego á usted que no me aflija,
pues tengo una idea fija
que me hace perder el tino.
CAMPOM. Ideas? No las tendrias
si en mi posicion te vieras;
solamente con que fueras

ministro por ocho dias.
Del Estado la tarea
de tal suerte me absorbió,
que nunca tiempo me dió
de tener ninguna idea.

DIANA. Padre. (Acercándosele.)

CAMPOM. Qué?

DIANA. Se firmarán
esta noche los capítulos?

CAMPOM. En cuanto lleguen los títulos
que convidados estan.
Gente provincial y honesta
que nunca la córte vió,
á quien he invitado yo
para dar brillo á la fiesta.
(Reparando en D. Sebastian y alargándole la mano.)
Y vos, mi querido amigo,
á quien aprecio...

SEBAST. Señor...

CAMPOM. Nos hareis hoy el favor
de servirnos de testigo.
(Dirigiéndose á Sandoval y á su hija.)
No os parece la eleccion
mas acertada?

SANDOV. Cabal.

CAMPOM. Y á propósito: qué tal
(Volviéndose á D. Sebastian.)
ha ido en la expedicion?

SEBAST. Es mi fortuna tan poca,
que batí buscando fama,
el valle rama por rama
y el monte roca por roca.
Mas fué vana mi porfia;
pues por mas que registré,
solo unos monjes hallé.

CAMPOM. Ya yo me lo presumia. (Sonriéndose.)
Á mis pobres compañeros
les llenaron los oidos
de unos cuentos de bandidos
y de falsos monederos.
«Mandar tropas:» dijo el uno;
por mi parte consentí...

pero yo nunca creí
que hubiese bandido alguno.
No faltará quien insista...

SANDOV. Si en todo tiene igual tino...

CAMPOM. Yo en todo tengo, sobrino,
el mismo golpe de vista.
Sin evidencia segura,
creeis que yo consintiera
que nuestra reina estuviera
tranquila en Estremadura?

DIANA. Y qué hace allí en abandono?

CAMPOM. Por costumbre inmemorial,
las reinas de Portugal
antes de ascender al trono,
para encontrar soportable
del cetro la carga ruda,
imploran de Dios la ayuda
en retiro saludable.
Por eso su majestad
huyendo de las lisonjas,
pasa un mes entre las monjas
de la Santa Trinidad.

SANDOV. Pues tio, por sí ó por nó,
mande usted tropas allá.

CAMPOM. Soy yo tonto? Lo hice ya,
pero ella las despidió.

SANDOV. Qué imprudencia!

CAMPOM. Ella en persona
dijo á nuestra tropa brava,
yo no quiero ser esclava
hasta que ciña corona.
Entonces, le expuse recio...
pues!... lo que el deber ordena:
pero como ella es tan buena
se rió y me llamó necio.

SEBAST. Dicen que tiene firmeza?

CAMPOM. Que si tiene? pues es nada!
Si me echa la vista airada
tiemblo de pies á cabeza.
Toda ella es corazon: toda!
Si alguna vez la he advertido,
me oye...

SANDOV. Y despues que os ha oido?
CAMPOM. Hace lo que le acomoda.
(Se oye ruido de coche. Diana va á la ventana.)
DIANA. Llega gente en coches.
CAMPOM. Cierto.
SEBAST. (Esperanza mia, adios!)
CAMPOM. Cuidado! Vosotros dos (Á Sandoval y Diana.)
debeis abrir el concierto:
despues pasad al salon
de baile, y haced de modo
que sea en todo y por todo
digna de nos, la funcion.

ESCENA III.

DICHOS, CABALLEROS y DAMAS que traen ramos y presentan á DIANA.

MUSICA.

CORO. Vuestra sien de ángel,
niña gentil,
va la corona imperial á ceñir.
Préstese amable
vuestro candor
á recibir de estas flores el don.
Gloria al apuesto
noble galan
cuya ascendencia ensalzó Portugal.
Nunca mas digno
competidor,
á una hermosura su suerte enlazó.
TODOS. Ese finchado
tan reverente,
es un regente
de Portugal.
Por él, tan pobre
el reino anda:
desde que él manda

todo vá mal.

CAMPOM. Qué buen efecto
hace á esta gente
mi continente
ministerial.

CAMPOM. Señores, tomad asiento,
que el concierto va á empezar.
(Los caballeros acercan sillas á las damas y ellos permanecen de pie detras.)
Despues se podrá bailar
en el contiguo aposento:
ea, hijos mios, cantad.
(Se sientan cerca del piano: Diana y Sandoval se acercan á él, y Diana toma un papel que da á su primo.)

DIANA. Probemos este bolero.
(Leyendo el titulo.)

SANDOV. «El Bandido.» No le quiero.
(Es mucha fatalidad!)
Sebastian no halla á ninguno,
y en mí, parece fracaso,
que no puedo dar un paso
sin tropezar con alguno.
No tienes otro cualquiera? (Á Diana.)

DIANA. Sí, mas no los he estudiado.

SANDOV. En fin, si ese es de tu agrado
tu gusto es el que aquí impera.

ESCENA IV.

DICHOS, y un CRIADO que sale con un pliego en la mano y se dirige al Ministro.

CRIADO. Un correo extraordinario
trae este pliego á Vuecencia.

CAMPOM. Algun chisme. «Con urgencia.»
(Leyendo el sobre.)
Á ver qué es ello.—Canario! (Leyendo.)

SANDOV. Tio, es algo grave?
CAMPOM. Un poco.
SANDOV. Os poneis pálido?
CAMPOM. Yo?
SANDOV. Son malas noticias?
CAMPOM. No.
SANDOV. Son lisonjeras?
CAMPOM. Tampoco.
CRIADO. Frente la puerta mayor
ha roto el eje un carruaje
en el cual iban de viaje
una dama y un señor;
y hasta que esté recompuesto
piden hospitalidad.
CAMPOM. Tened por mí la bondad (A D. Sebastian.)
de desempeñar mi puesto,
y decidles que el ministro
les queria recibir;
mas que no puedo salir
ahora, porque administro.
(Váse D. Sebastian y dirígese el Ministro á su bufete, que es la segunda puerta de la izquierda.)
Diana, hazles los honores
mientras sirvo á la nacion:
y nada de interrupcion,
siga el concierto, señores.
Pronto á ver nos volveremos;
es cosa de poca monta.
SANDOV. Cuando quieras. (A Diana.)
DIANA. Estoy pronta.
SANDOV. Empecemos?
DIANA. Empecemos.

ESCENA V.

Al ir á empezar á cantar, D. Sebastian conduce de la mano á Catalina, elegantemente vestida de viaje, y Rebolledo detras de ella muy bien vestido y con la caja de diamantes que se ha visto en el acto primero debajo del brazo. Los Caballeros y Damas iban á levantarse y Catalina señala que no se incomoden y va á sentarse en la primera silla del ala oblícua que formarán las damas desde el fondo á la boca-escena: los Caballeros permanecen de pie detras de ellas, y Rebolledo y D. Sebastian detras de Catalina. Sandoval y Diana cantan en el piano sin apercibirse de lo que pasa, hasta marcarlo la letra.

MÚSICA.

BOLERO Á DOS VOCES.

SANDOV.
DIANA. } Niñas que á vender flores
vais á Granada,
no paseis por las sierras
de la Alpujarra.
(Sandoval en este momento se apercibe de Catali
Ah !!
DIANA. Hay un bandido.
SANDOV. No paseis por las sierras
de la Alpujarra.
DIANA. Te atrasas en la letra
y pierdes el compás.
SANDOV. Es que no veo claro.
DIANA. Ahora lo verás. (Acercándole el papel.)
SANDOV. Tampoco asi lo veo
ni lo veré jamás.

CONCERTANTE.

CORO. Ese Orfeo,
segun veo,
no es muy fuerte en el solfeo,
pues tropieza
su torpeza
en lo negro del papel.

SANDOV. Su osadia (Mirando á Catalina.)
desafia
el peligro á sangre fria.
Y la llama
que me inflama
mas se aviva al verla en él.

CATAL. Me interesa
la sorpresa
que en su rostro miro impresa.
Me ha jurado
ser callado
y yo á ciegas fio en él.

REBOLL. Yo quisiera
verme fuera;
esto huele á ratonera.
Cuando salga
Dios me valga!
No me alcanza ni un lebrel.

DIANA. } Quién es esa
SEBAST. }
que embelesa
con ese aire de princesa?
Diera agravios
con sus labios
á las tintas del clavel.

DIANA. Dignaos, noble dama,
si no es indiscrecion,
decirnos vuestro nombre.

CATAL. Duquesa de Alba-flor.

REBOLL. Y yo de su excelencia
el mayordomo soy,
y vamos á Lisboa
á la coronacion.

SANDOV. (Mentiras á docenas
ensarta ese bribon.)
CATAL. Y yo podré, señora,
saber en dónde estoy?
DIANA. En casa de un ministro.
CATAL. De cuál?
DIANA. Campo-Mayor.
REBOLL. El de Justicia?
DIANA. El mismo.
REBOLL. Celebro la ocasion...
(Desde que entramos
en casa de ese bárbaro,
se me figura
que todo huele á cáñamo.
Pues al verme
solo é inerme
entre tanta sociedad,
Rebolledo
tiene un miedo
de primera calidad.)
TODOS. Benditos sean (Á Catalina.)
mil veces los obstáculos
que han sido la causa
de encuentro tan simpático.
Del disgusto
de ese susto
entre tanto descansad.
Y las fiestas
que hay dispuestas
honrará vuestra beldad.

CATAL. Sois amables por demás.
DIANA. Mi padre está en su bufete,
pero saldrá pronto.
SANDOV. (Vete;
(Acercándose á Catalina y bajo.)
no estés ni un momento mas.)
Esta señora quizá (Alto.)
tenga que seguir su viaje...
CATAL. Hasta arreglar el carruaje

esperaré, qué mas dá?
Pero, señores, advierto
que yo he interrumpido el canto.

DIANA. Tiene razon; entre tanto
seguiremos el concierto.

SANDOV. (Su aplomo me maravilla!)

DIANA. Toma. (Dando el papel á Sandoval.)

SANDOV. Si no entiendo nada
de esa música endiablada!
(Tirando el papel.)

CATAL. Á ver? Pues es muy sencilla!
(Recogiéndolo y leyéndole.)

DIANA. Ya que mi primo rehusa,
quereis remplazarle vos?

SANDOV. Observa, prima, por Dios,
que su cansancio la excusa.

CATAL. Si hubiese necesidad,
de complaciente me precio!

DIANA. Os lo pido como precio
de nuestra hospitalidad.

SANDOV. Yo no puedo tolerar
que abuses de su indulgencia...

CATAL. Ya veis, por condescendencia...
(Levantándose.)

SANDOV. Qué vais á hacer?

CATAL. Á cantar.

MUSICA.

DIANA. }
CATAL. } Niñas, que á vender flores
vais á Granada,
no paseis por la sierra
de la Alpujarra.
Hay un bandido
que con todas las niñas
tiene partido.

(Sandoval se encuentra al lado de Catalina y la dice al oido.)

SANDOV. Desventurada!

Prudencia ten.
DIANA. Primo, qué dices?
SANDOV. Que vá muy bien.
CATAL. Por las faldas de la sierra
una niña como un sol,
va buscando noche y dia
su perdido corazon.
Un bandido despiadado
al pasar se lo robó,
y ella llena la espesura
con la queja de su amor.
Cree que si él la escuchara
le gustara:
mas á temer empieza
que no vendrá.
SANDOV. Que va á venir mi tio.
(Al oido de Catalina.)
CATAL. Que no vendrá.
(Cantando y siguiendo su letra.)
SANDOV. Si tu cancion escucha...(Id.)
CATAL. Le gustará.
Tra, la, la, la.
CORO. Brava!
SANDOV. Calla.
CATAL. Tra, la, la, la.
CORO. Brava!
SANDOV. Calla.
CORO. No hay ruiseñor que tenga
su agilidad.

DECLAMACION.

SANDOV. Con una gracia como esa,
hace en todos fanatismo.
REBOLL. Siempre sucede lo mismo
(Que está á su lado.)
cuando canta la duquesa.
SANDOV. (Y que tenga que callar
teniendo aquí á este bribon!)
(En este momento se oye preludiar la orquesta e-

el salon de la derecha.)

DIANA. La música del salon
nos llama para bailar.
No nos hareis el honor (A Catalina.)
de bailar un minué?

CATAL. Gracias: no bailo.

DIANA. Y usté? (A Rebolledo.)

REBOLL. Yo, padezco de dolor...

DIANA. Quiere usted jurar?...

SANDOV. (Qué afan!)

REBOLL. Si hay compañero, en seguida.

DIANA. Hacedle vos la partida
un rato, don Sebastian.
(Rebolledo y D. Sebastian van á sentarse en la mesa de juego.)

SANDOV. (Bueno va á salir el pobre!
El otro desplumará;
y si él gana, le dará
monedas falsas de cobre.)

DIANA. Si quereis leer impresos, (Á Catalina.)
aquí hay grabados, viñetas,
almenaques y gacetas
con los recientes sucesos.
(Todas las damas toman periódicos y leen.)

CATAL. Me llenais de inmerecidos
obsequios.

DIANA. No digais eso.

UNA DAMA. En este papel impreso
viene un cuento de bandidos.
Es una historia curiosa.
Diana, leedla vos.

SANDOV. (No hay remedio! Está de Dios
que no han de hablar de otra cosa!)

DIANA. «Un mozo llamado Pedro...» (Leyendo.)

SANDOV. (Mi postillon!)

DIANA. «Asegura
la verdad de la aventura
que escribimos.»
(Rebolledo, que á pesar de estar jugando, oye con atencion.)

REBOLL. (No me arredro.)

DIANA. «Atravesando un sendero

»de la áspera Estremadura,
»oculto en una espesura
»vió lo siguiente»...

SANDOV. Embustero!

DIANA. No tal, y lo vais á ver.
«En una cueva escondidos
»contó sesenta bandidos.»
(D. Sebastian, que estará jugando de espaldas á los interlocutores, volviendo de repente la cabeza, exclama.)

SEBAST. Mentira: no puede ser:
porque con toda eficacia
aquel terreno batí,
y ni uno siquiera ví.

REBOLL. Jugais con mucha desgracia.
(Recogiendo baza.)

SANDOV. Á veces inadvertido,
(Con viva intencion á Rebolledo.)
uno les habla y les vé...

CATAL. Cuidado, marqués... (Con viveza.)

SANDOV. En qué?

CATAL. En no arrugarme el vestido.

SANDOV. Tendré cuidado. (Con inteligencia.)

CATAL. Y espero
que no vuelva á suceder.

SANDOV. Perdonad: fué sin querer.

CATAL. Lo supongo, caballero.

DIANA. Señores, lo extraordinario
es el jefe de la banda.
Quién diriais que la manda?

SEBAST. De fijo, algun presidario.

TODOS. Es claro.

DIANA. Pues no es asi.
(Dirigiéndose á Catalina.)
Tratad vos de adivinar.

CATAL. Soy torpe para acertar.

SEBAST. Lo mismo me pasa á mí.

DIANA. Señores, es una cosa
que á todos va á sorprender:
el jefe es una mujer.

CATAL. De veras?

DIANA. Jóven y hermosa

CATAL. Eso será exajerado.
No es verdad, señor marqués?
SANDOV. Lo que es verdad, señora, es
que uno se queda atontado,
cuando preguntar escucha
con tanta serenidad,
su parecer.
SEBAST. Y es verdad,
(Levantándose de la mesa.)
porque es una paparrucha.
Yo he seguido aquellas breñas
y es falso de todo punto.
DIANA. Mire usted que es mucho asunto
cuando da todas sus señas!
SANDOV. (Cielos!) Prima, haz el favor
de darme el papel.
DIANA. No quiero.
SANDOV. Si ese es un cuento grosero
sin ton, ni son.
DIANA. No señor.
Voy á enseñárselo ahora
á mi padre, que quizá
al gobierno servirá
para algo. Verdad, señora? (Á Catalina.)
Y asi os presentaré á vos.
SANDOV. (Tiemblo como un azogado!)
Si tu padre está ocupado,
prima, déjale por Dios.
Luego se va á incomodar...
CATAL. Y asi vestida de viaje
no quisiera...
DIANA. Os daré un traje.
(Se oye la orquesta del salon.)
SANDOV. Oyes? ya van á bailar. (Á Diana.)
DIANA. Pues vestios en seguida (Á Catalina.)
que luego os presentaré.
Y ahora recuerdo...
SANDOV. Qué?
DIANA. Que estaba comprometida
á bailar no sé con quién.
SANDOV. Yo no sé si era conmigo.
(Haciéndose el desentendido.)

DIANA. No creo...
SANDOV. (Di que es contigo.
(Bajo á Sebastian.)
y entretenla mucho.)
SEBAST. (Bien!)
Diana, tened presente
que hace poco yo os pedí...
DIANA. Es verdad: vamos.
SANDOV. Si, si!
(Empujándolos hasta la puerta.)
(Qué chico tan complaciente!)
(Todos los convidados se van al salon del baile.)

ESCENA VI.

CATALINA sentada y SANDOVAL, que vuelve furioso á ella.

SANDOV. Y bien?
CATAL. Me habeis asustado!
Jesus!
SANDOV. Vaya una salida!
cuando tiemblo por tu vida
lo mismo que un azogado!
Cuando el gobierno anda á caza
de tí y de tus compañeros
registrando los senderos,
te estás con esa cachaza?
CATAL. Por lo mismo que hay registro,
para salir del apuro
el asilo mas seguro
es la casa del ministro.
SANDOV. Pero... (Pues tiene razon.
Y los demas?
CATAL. Emigraron:
con tu pase se escaparon:
hiciste una buena accion.
SANDOV. Es decir que contribuí (Ir...)
á librarles del cadalso?
CATAL. No hay un monedero falso
siquiera, gracias á tí.
SANDOV. Con que yo habré sido el que...

Corriente, parte al instante.

CATAL. Eres muy poco galante.
Quieres que me vaya á pie?

SANDOV. Bien puedes marcharte.

CATAL. Y cómo?

SANDOV. No tienes por compañia (Con ironia.)
al tio del otro dia
transformado en mayordomo?

CATAL. Por Dios, marqués, reflexiona
que en esto no hay ningun lio;
pueden mayordomo y tio
ser una misma persona.

SANDOV. Ó ni uno, ni otro. (Con sarcasmo.)

CATAL. Quizá. (Sonriéndose.)

SANDOV. Quién dice que ese bergante
no sea tal vez?...

CATAL. Mi amante?
(Soltando una carcajada.)
Lo que tú quieras será.

SANDOV. Por qué me martirizas,
linda morena
tan sin piedad,
sabiendo que suspira
una alma en pena
por tu beldad?
Si es que matarme quereis
con tu rigor,
mátame con un beso,
mi dulce amor.

CATAL. Aquel que á hierro mata
á hierro muere,
dice el refran.
Por eso el alma mia
darle no quiere
muerte á un galan.
El beso que deseas
con tal fervor
pídeselo á tu prima
que aun es mejor.

SANDOV. De tí lo quiero.

CATAL. No puede ser.
Mi primer beso
será de aquel
que mi cariño
logre obtener.

SANDOV. Cómo se llama?
Dime quién es!

CATAL. Puedo jurarte
que no lo sé.

SANDOV. Á algun bandido
juraste á fé?

CATAL. La guardo toda,
señor marqués.

SANDOV. Si á nadie quieres,
por qué cruel
mi fé rechazas?
Dime por qué?

CATAL. Porque tú quieres,
cual mariposa
volar de flor en flor;
y yo no gusto
de un hombre que osa
amar á un tiempo á dos.
Piensa en tu prima,
que se impacienta.
Tu mano dale pues.
Y ese capricho
que te atormenta
se irá en vapor despues.

SANDOV. Aunque del fuego
que en mí rebosa
no prenda en tí el calor,
nunca mi prima
será mi esposa,
lo juro, ingrata, á Dios.
Yo de tus gracias
y de tu afrenta
el cáliz partiré.
Tras de tus ojos
de amor sedienta
el alma exhalaré.

CATAL. Harás mal; á otra hermosura
tu mano vas á entregar.
SANDOV. Nunca; no quiero engañar
á esa pobre criatura.
Aunque esté mi fé empeñada,
faltando en mi alma el amor,
no me consiente mi honor
el hacerla desgraciada.
CATAL. Es digno tu proceder (Con sentimient
de un noble de Portugal;
y siento no ser tu igual
para poderte querer.
Pero no obstante, marqués,
sin que tu orgullo se ofenda
bien puedo darte una prenda
de mi amistoso interés.
SANDOV. Dámela. (Con pasion.)
CATAL. Toma este anillo.
Mas si tu prima se enfada...
SANDOV. Dámelo, no importa nada.
CATAL. (Cuánto me ama el pobrecito!)

ESCENA VI.

DICHOS y DIANA.

SANDOV. (Mi prima!)
DIANA. Vuelvo dispuesta
á pediros por favor,
que nos hagais el honor
de tomar parte en la fiesta,
porque el baile está brillante.
CATAL. Muchas gracias.
SANDOV. La señora
me estaba diciendo ahora
que ha de partir al instante.
DIANA. Pues es preciso que aguarde.
Los mozos que el coche han visto,
dicen que no estará listo
hasta mañana muy tarde.
SANDOV. (Maldita contrariedad!)
DIANA. En mi cuarto encontrareis

cuantos adornos gusteis.
Vamos, tened la bondad...

SANDOV. Prima, tu ruego benigno
queria ella prevenir,
mas...

CATAL. No pudiendo partir
á quedarme me resigno.

DIANA. Poneos un traje mio
y voy luego á vuestro encuentro.
(La acompaña hasta el segundo cuarto derecha.)

ESCENA VIII.

SANDOVAL y DIANA.

SANDOV. (Mas vale que esté allá dentro
por si saliera mi tio.)
Te quedas, prima?

DIANA. Yo? Sí.
No bailas, primo?

SANDOV. Yo? no.
(Ni siquera sospechó.)

DIANA. (Nada sospecha de mí.)

MUSICA.

SANDOV. (Si á decirle me atreviera...)
DIANA. (Si yo osára confiarle...)
SANDOV. (Que de amarme desistiera...)
DIANA. (Que jamás podré yo amarle...)
SANDOV. Yo me lanzo.
DIANA. Yo me arriesgo.
SANDOV. Va á arañarme.
DIANA. Tronará.
SANDOV. Es preciso ver el sesgo
que la cosa tomará.
DIANA. Primo mio.
SANDOV. Prima mia.
DIANA. Deseaba hablarte un rato.

SANDOV. Justamente yo queria
proponerte el mismo trato.
Toma asiento. (Acercando una silla.)
DIANA. Tomo asiento.
SANDOV. (Abordemos la cuestion.)
A DUO. (Ha llegado ya el momento
de decirle mi opinion.)
DIANA. Habla primero.
SANDOV. Eso jamás.
Siempre á las damas
toca empezar.
DIANA. Hice presente
mi voluntad,
y obedecerla
toca al galan.
SANDOV. Yo siento al lado tuyo
(Perplejo, pero con mucha amabilidad.)
latir mi corazon...
DIANA. (Adios mis esperanzas.)
Lo mismo siento yo.
No tengo mas encanto
que oir tu dulce voz
y amarte con delirio...
SANDOV. (Reniego de tu amor.)
pero eso de casarse...
DIANA. Pero una eterna union ...
SANDOV. Es un asunto serio.
DIANA. Es una cosa atroz.
SANDOV. Si tanto te intimida...
DIANA. Si es tanta tu aversion...
SANDOV. Renuncia tú á mi mano.
DIANA. Renuncia tú á mi amor.

SANDOV. Que con ferviente culto
(Con fingida ternura.)
de amante gentileza
yo adore la belleza
de tan celeste hurí,
ay! eso sí.
DIANA. Que al demandar humilde

un premio á tus amores
lloráras mis rigores
valiendo mas que yo,
ay! eso no.

SANDOV. Si á dividir no aciertas
las tiernas ánsias mias,
haré lo que Macias:
morir de amor por tí.
Ay! eso sí.

DIANA. Y el universo entonces
al verme tan impia,
airado exclamaria
su prima le mató:
ay! eso no. (Se levantan irritados.)

A DUO. Si tú no cedes
no cederé
y al pie del ara
contigo iré.
Si te propones
que ceda yo
ni aunque me tuesten
digo que no.

ESCENA IX.

DICHOS y CAMPOMAYOR.

CAMPOM. Qué bulla es esa, señores?
SANDOV. Nada, tio.
CAMPOM. Pero qué es?
DIANA. Era mi primo el Marqués
que me estaba echando flores.
CAMPOM. Cuidado, que él es muy diestro.
DIANA. Si vierais cómo enamora!
CAMPOM. Es de familia: ya ahora
toda la noche soy vuestro.
Poco me ha dado que hacer
aquel despacho maldito.
SANDOV. Qué era?
CAMPOM. Un crímen inaudito
que hará al reino estremecer.
Ya sabeis que en la real (Con misterio.)

joyeria, estan guardados
los diamantes afamados
del trono de Portugal.
Mis colegas consternados
me acaban de noticiar
que esos tesoros sin par...

SANDOV. Y bien?

CAMPOM. Han sido robados.

DIANA. Por quién?

CAMPOM. La pregunta es chusca.
Por un ladron.

SANDOV. Pero vos
mandasteis ya...

CAMPOM. Sí, por Dios!
Mandé que anden en su busca.

DIANA. Y decid, se ha sospechado
quién haya sido?

CARPOM. Hasta ahora
solo sé...

SANDOV. Y DIANA. Qué?

CAMPOM. Que se ignora
el autor del atentado.

SANDOA. Pues sabeis bastante!

CAMPOM. Olvidas (Gravemente.)
que á mí nada me hace mella?
Yo he de descubrir su huella:
ya he tomado mis medidas.
Solo á vosotros confio
lo que acabo de ordenar:
he prohibido transitar
coche alguno, excepto el mio.
Mi escudo es muy conocido
lo mismo que mi librea;
y como segun mi idea
no pueden haber huido,
no es fácil que se me escapen
teniendo que andar á pié,
y es mas que probable, que
mis esbirros les atrapen.
Manda que esté puesto el coche (Á Diana.)
asi que hayamos firmado,

y tenlo todo arreglado
para partir esta noche.
Si yo les llego á coger
haré un ejemplar castigo.

SANDOV. Bien hecho, contad conmigo.
(Tendiéndole la mano.)

CAMPOM. Qué sortija es esa? A ver!
(Reparando en la sortija.)
Di: de dónde la has sacado? (Alarmado.)

SANDOV. Yo? se la compré á su dueño. (Turbado.)

CAMPOM. Sabes que es el brasileño,
uno de los que han robado?

SANDOV. (Y ella está aquí! Dios me asista!)

CAMPOM. Dime su nombre al momento.
Lo que es el tener talento!
Ya estamos sobre la pista.

SANDOV. Antes de ayer al pasar (Perplejo.)
por Coimbra, lo compré
á un joyero; mas no sé
cómo se pueda llamar.

CAMPOM. En qué calle?

SANDOV. En una larga.

CAMPOM. Era alto?

SANDOV. No señor: chico.

CAMPOM. De mala traza?

SANDOV. De rico,
y una facha de botarga!

CAMPOM. Ya caigo en quién pueda ser.

SANDOV. No se equivoque usted, tio.

CAMPOM. Samuel Mendoza, el judio.
Voy á mandarle prender.

SANDOV. Es una arbitrariedad;
sin preceder un registro.

CAMPOM. Puedes creer que un ministro
haga una barbaridad?

SANDOV. Pero tio, eso es muy duro.
Debe haber en Portugal
seguridad personal.

CAMPOM. Pues por eso le aseguro.
Yo haré que esa horda dañina
pronto en mi poder se vea.

DIANA. Padre mio; quizá sea

la que manda Catalina.

CAMPOM. Catalina! Quién es ella?

DIANA. Esa atrevida hermosura,
que á toda la Extremadura
con su cuadrilla atropella.

SANDOV. Si tu padre dijo ya
que ese es un cuento de viejas.

DIANA. Vamos á ver si le dejas
que se entere, y lo verá.

CAMPOM. Poco á poco; en cierto modo
la noticia era dudosa;
pero ahora es otra cosa.
Yo soy consecuente en todo.

DIANA. Guardé el diario en que vienen
sus señas una por una.

CAMPOM. Muy bien hecho.

SANDOV. (Qué importuna!)

CAMPOM. Esos datos me convienen.
Léemelas tú y desbroza
las noticias accesorias.

SANDOV. Pero y las requisitorias
contra Samuel Mendoza?

CAMPOM. Tienes razon: te agradezco
que me lo hayas recordado.
Ya se me habia olvidado.
Voy á extenderlas.

(Toca una campanilla y aparece un criado con recado de escribir, y el ministro se sienta en la mesa de juego.)

SANDOV. Me ofrezco
(Acompañándole.)
á serviros de escribiente.
Pero aquí no haremos nada.

CAMPOM. Ya verás: de una plumada
lo dejo todo corriente. (Escribiendo.)
«Samuel Mendoza.»

SANDOV. (Yo peno.)

DIANA. Aquí estan! «Algo delgada;
(Con el diario en la mano.)
tez rosada...»

CAMPOM. Tez rosada?
Me parece que es moreno.

DIANA. Quién?
CAMPOM. Samuel.
DIANA. Si es Catalina
la de las señas qué os doy.
CAMPOM. Pero acabaremos hoy (Amostazado.)
de salir de esta piscina?
SANDOV. Déjale que escriba.
CAMPOM. Eso es:
entra el diario en mi bufete
y ponlo sobre el tapete:
yo me enteraré despues.
DIANA. Pero si yo...
CAMPOM. Calla ahora.
SANDOV. Aquí os cansareis sin fruto,
y allá dentro en un minuto
hareis mas que aquí en una hora.
CAMPOM. Es verdad. (Qué pronto vió (Levatándose.)
mi destreza en el despacho!
Con el tiempo este muchacho
sabrá tanto como yo.)
Vente.
SANDOV. Con mucho placer.
CAMPOM. Mandaré prender...
(Dirigiéndose á su cuarto: segundo de la izquierda.)
SANDOV. Sí tal:
la mitad de Portugal.
CAMPOM. Eso es lo que voy á hacer.
(Vánse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA X.

DIANA, sola.

Ya que mi padre se empeña
en no quererlas oir,
por curiosidad siquiera
las leeré para mí. (Leyendo.
«Algo delgada: rosada
»la tez; labio de carmin;
»pelo castaño; ojos negros;
»dentadura de marfil;

»la frente ancha y distinguida;
»delgadita la nariz,
»y un lunar junto á la boca.»
Cómo es eso? Un lunar? Sí! (Representando)
No cabe la menor duda!
Son desde el principio al fin
las señas de esa duquesa
que hace poco recibí. (Azorada.)
Dios mio! Si fuera ella!
A quién iré yo á pedir
socorro? Voy á dar voces.
No: que podria acudir
y asesinarnos á todos.
Quién libra de esa Judit
á trescientos convidados
que bailan solos allí?
Voy de mi padre al encuentro,

ESCENA XI.

DIANA y SANDOVAL.

DIANA. Ven, primo.
SANDOV. Ya estoy contigo.
DIANA. Sálvame.
SANDOV. Calla te digo.
DIANA. Catalina está allá dentro.
Es esa duquesa.
SANDOV. Sueñas.
DIANA. Léelo y te enterarás.
En este papel verás
una por una sus señas.
Tengo certeza completa. (Dándole el papel.)
SANDOV. Prima, te equivocas.
DIANA. Mira.
(En este momento aparece Catalina en la puerta del cuarto de Diana, y se esconde detras del respaldo de un sillon.)
SANDOV. Con que no ha de ser mentira
trayéndolo la *Gaceta*!
DIANA. Primo, que es ella.
SANDOV. Obstinada!
No es.

DIANA. Te digo que sí.
SANDOV. Hay tal tema!
DIANA. Lee ahí.
SANDOV. Toma: ya no dice nada.
(Rasgando la Gaceta.)
DIANA. Pues yo me voy en seguida
á que mi padre la vea.
SANDOV. Diana, sea ó no sea,
(Deteniéndola con resolucion.)
yo la amparo con mi vida.
DIANA. Cómo!
SANDOV. Lo digo de veras.
DIANA. Traidor! Con que eras su amante?
SANDOV. Oye primero un instante,
y despues haz lo que quieras.
Temo no ser comprendido
al decirte mi cuidado,
porque tú no has suspirado
por un objeto querido.
DIANA. Nada de suposiciones.
SANDOV. Pues bien, prima, yo la adoro,
y para mí no hay tesoro
que valga mis ilusiones.
Tengo riquezas, poder,
nobleza, rango y valia...
pues todo eso lo daria
por esa sola mujer.
El mundo dirá que yo hundo
mis blasones, y es asi;
pero, prima, para mí
ella vale mas que el mundo.
Mi título dejaré,
del cual tú eres heredera,
y en una playa extranjera
ignorado viviré.
Préstame, pues, tu favor,
y harás la dicha de un hombre,
que te da riqueza y nombre
para cumplir con su amor.
DIANA. No exijo tal sacrificio
para salvarla.
SANDOV. Hazlo pues.

DIANA. Ni me obliga el interés
para hacerte un beneficio,
Qué harás si yo lo procuro?
SANDOV. Á lo que quieras me allano.
DIANA. Que al ofrecerte mi mano
la has de rehusar.
SANDOV. Lo juro.
DIANA. De veras?
SANDOV. Como lo digo.
DIANA. Ante mi padre ha de ser..
SANDOV. Ante el mismo Lucifer.
DIANA. Entonces cuenta conmigo.
SANDOV. Mas que recuerdes te advierto
que tu padre no permite
que coche alguno transite
excepto el suyo.
DIANA. Es muy cierto.
SANDOV. Piensa, por Dios, que un registro
la puede comprometer.
DIANA. No temas.
SANDOV. Qué vas á hacer?
DIANA. Darle el coche del ministro.
SANDOV. Prima, me vuelves la vida.
DIANA. (Mas me la vuelves tú á mí.)
SANDOV. Dónde ha de esperar?
DIANA. Allí.
(Señalando el primer cuarto de la izquierda.)
Hay una oculta salida,
que da al patio; es menester
que se escape sin tardar:
voy á mandar enganchar.
SANDOV. Salga esa pobre mujer.
(En este momento avanza Catalina con dignidad, sin ser vista, á la escena.)
DIANA. Pobre mujer! Así llamas
á esa arpia seductora?
Á esa per...fecta señora,
que es modelo de las damas?
(En este momento se encuentra con Catalina al lado, y se queda cortada; y va retrocediendo haciendo reverencias hasta el salon del baile.)

ESCENA XII.

CATALINA y SANDOVAL.

SANDOV. Estabas ahí escondida?
Qué es lo que espiabas, dí?
CATAL. Sandoval, te oia á tí,
y he llorado enternecida.
Despues de lo sucedido
tu boda va á fracasar,
y vas por mí á renunciar
á tan brillante partido?
SANDOV. Sí: porque salvarte quiero
aunque sea en daño mio.
Huye: va á salir mi tio,
y si te prenden me muero.
CATAL. Tanto interés no merezco:
mas no me arredra el temor.
SANDOV. Huye en nombre de mi amor.
CATAL. De tu amor? Ay! te obedezco.
Y qué harás tú?
SANDOV. El labio sella,
y huye sin mas dilacion.
CATAL. Y el tio?
SANDOV. Tienes razon.
(Hace una seña en la puerta del salon de baile y sale Rebolledo.)
Vete por allí con ella.
(Señalando la puerta primera de la izquierda.)
CATAL. (Cuánto el oirle me place! (Marchándose.)
Podré creer en su fé?
Se casará? No me iré
sin saber el desenlace.)

ESCENA XIII.

SANDOVAL solo, y luego el CONDE, el ESCRIBANO un CRIADO que saldrán del bufete del CONDE. Luego DIANA, DON SEBASTIAN y demas caballeros y damas, quo saldrán del salon del baile.

SANDOV. Guíete de Dios la mano.
(Dejándose caer en un sillon.)
No puedo tenerme en pie.
CAMPOM. Anda, avisa á todos, que
ya ha llegado el escribano.
DIANA. (El coche está ya enganchado.)
(Bajo á Sandoval.)
CAMPOM. Yo pensé hacer un discurso (Á D. Sebastian.)
al distinguido concurso:
pero no estoy preparado.
SEBAST. Con facundia tan notoria
debeis hablar de repente.
CAMPOM. Decis bien: precisamente
es mi fuerte la oratoria.
SEBAST. (Fueron vanos mi conatos.)
DIANA. (No temais, don Sebastian.)
(Pasando á su lado.)
SEBAST. (Que no tema, cuando van
á firmarse los contratos!
Si se negará mi bien?)
CAMPOM. Señores, como he anunciado,
la hija del hombre de Estado
hoy toma estado tambien.
Y al estrechar este tierno
lazo de amor conyugal,
mi sobrino Sandoval
pasa de sobrino á yerno.
TODOS. Bien: muy bien! (Aprobando.)
CAMPOM. En su inquietud,
adivina mi experiencia,
que bulle en él la impaciencia
hija de la juventud.
Y es natural se impaciente;
pues como dice un autor

muy conocido, el amor
es una pasion vehemente.
Herederos de mi gloria
tendrá el pais, si yo muerto;
mientras que tranquilo, espero
á que me juzgue la historia.

TODOS. Cierto. (Con murmullos de aprobacion.)

ESCRIB. Con mejores modos (Á Campomayor.)
no hablaria Ciceron.

CAMPOM. Gracias; hice una oracion
(Con fingida humildad.)
que está al alcance de todos.

MUSICA.

CORO. Mil parabienes
al orador.
Vuestra arenga ha sido digna
de un ministro como vos.

CAMPOM. Nobles amigos,
gracias os doy:
sois amables en extremo:
no merezco tanto honor.

Demos comienzo
á la funcion.
Firma, hija mia.

DIANA. Firmo, señor.

SEBAST. (Á mi esperanza
hizo traicion.
Firmó la impia!)

CATAL. / REBOLL. } (Ya ella firmó.)

CAMPOM. Sobrino mio,
os toca á vos.

CATAL. (Cómo palpita
mi corazon!)

SANDOV. Á fuer de noble

(Con entereza, mientras el Ministro recibe los plácemes de los convidados.)

y hombre de honor,
declaro á toda
la reunion,
que este contrato
rechazo yo,
porque en mi pecho
falta el amor.

CAMPOM. Qué diablos dice?

CORO. Dice que no.

CATAL. Más que mi vida
vale tu amor.
Dios te bendiga
por ese no.

(Desaparece con Rebolledo.)

CONCERTANTE.

CAMPOM. Á mi linaje
tamaño ultraje!
Qué dirá, oh cielos!
la capital.
Al ver juguete
de un mozalvete
todo un ministro
de Portugal.

SANDOV. (Hasta que baje
y halle el carruaje,
cunde en mis venas
hielo mortal.
Veo su vida
comprometida
ante el ministro
de Portugal.)

SEBAST. } En el visaje
CORO. }

del personaje
se lee el chasco
descomunal,
que sin rebozo
ha dado el mozo

al buen ministro
de Portugal.)

(En este momento se oye si ruido de un coche que parte.)

CAMPOM. Un cacho que parte!
Quién es el audaz
que á lo que yo mando
se atreve á faltar?

(Va á mirar por la ventana.)

Oh cielos! El mio,
que á escape se va.

DIAMA. (Cumplí mi promesa.)

(Á Sandoval.)

SANDOV. (Salvados estan!)

(Sale un criado con una tarjeta en la mano y se la entrega á D. Sebastian.)

SEBAST. Señor, esa dama
que vino poco há
y su compañero,
las gracias os dan
del coche y el tiro
que vos les prestais.

CAMPOM. De qué estais hablando?

SEBAST. De aquella beldad.

CAMPOM. Quién es la atrevida
que ha osado abusar
del coche y el tiro
gobernamental?

SANDOV. (Aquí va á ser ella.)

CAMPOM. Su nombre.

CRIADO. Tomad.

(Dándole la tarjetà.)

CAMPOM. «La Catalina.» (Leyendo.)
Esta es peor.
Me va á dar algo
sin remision.

CORO. Volver no puedo
de mi estupor.

—

CAMPOM. Me ocurre una idea

sin ejemplar;
debemos al punto
irla á alcanzar.
Mil ducados
bien pagados,
á cualquiera
de mi grey,
que la traiga
á que caiga
bajo el peso
de la ley.

CORO GENERAL. } Por mas que corramos
de buena fé,
pensad que tras ella
vamos á pié.
Probaremos,
correremos,
para que esa
inícua grey,
caiga hundida
y destruida
bajo el peso
de la ley.

(Termina el acto en el mayor barullo, corriendo cada uno hácia distinto lado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del Trono del palacio real de Lisboa. Rompimiento de columnas que divida la primera parte del salon de la otra mitad interior donde estará el Trono en el centro, por medio de un rico cortinaje corrido.—Dos puertas grandes, una á derecha y otra á izquierda.—Mesa con tapete de damasco con las armas reales á la izquierda del actor.—Sillon régio y escribania.

ESCENA PRIMERA.

Varios grupos de CORTESANOS en animados cuchicheos.

CORO.

UNOS. Qué nuevas corren?
Se sabe ya
á quién elige
su majestad?

OTROS. Cada regente
tiene su plan,
y nadie sabe
quién triunfará.

UNOS. Conviene mucho
olfatear:
va en ello nuestra
prosperidad.

OTROS. Nuestras lisonjas
no faltarán
á aquel que escoja
su majestad.

UNOS. Por noticias muy seguras
y verídicos relatos
sé que hoy llegan miniaturas
de diversos candidatos.
Y se susurra
que ha contestado
á la regencia
su majestad,
que entre lo vivo
y lo pintado
suele haber mucha
desigualdad.

OTROS. Y es la verdad.

UNOS. No fia en láminas
su majestad.

OTROS. Diz que muestra gran deseo
de tenerlo muy tratado,
porque nunca ha visto feo
ningun príncipe pintado.
Por eso, añaden
que tiene gana
de fallar sola
esta cuestion:
porque no quiere
la soberana
dar por retrato
su corazon.

UNOS. Tiene razon.

OTROS. Todos seremos
de su opinion.
Saber conviene ahora
qué opina la regencia:
al cabo, á su influencia
le toca el proponer.
Quememos sin demora
incienso á la privanza;
pongamos sin tardanza
la proa hácia el poder. (Vánse derecha.)

ESCENA II.

SANDOVAL y D. SEBASTIAN, ambos de gala: el primero puerta derecha y el segundo por la de la izquierda.

SEBAST. Enrique del alma mia!
SANDOV. Cómo aquí, don Sebastian?
SEBAST. Doy por la primera vez
la guardia á su majestad:
hace una hora que he entrado.
SANDOV. Vamos, cuéntame; qué tal?
Es tan bella como dicen
nuestra reina?
SEBAST. Creerás
que aun no he podido verla?
Acabado de llegar,
tu bella prima Diana
ha tenido la bondad
de interesarse por mí,
y con su empeño eficaz
conseguí entrar de guardia
de la reina.
SANDOV. Entiendo: vas
buscando otra charretera!
SEBAST. Qué quieres! Es natural.
Hoy nuestra reina Maria
entra en mayor edad,
y entre las gracias que lluevan
me toque alguna quizás.
SANDOV. Si el ministro te protege...
SEBAST. Dios lo quiera.—Ya sabrás
que hoy se esperaba á la reina
para su entrada triunfal
en la ciudad de Lisboa;
pues hace dos noches ya
que sin sentirlo la tierra
pareció su majestad,
como llovida del cielo,
en su palacio real:
y eso que de Extremadura
hay un trecho regular.

SANDOV. Los ginetes de la escolta
habrán hecho el gasto.
SEBAST. Ca!
Sin un solo hombre de escolta;
eso es lo particular.
SANDOV. De veras?
SEBAST. Toma! La gracia
está en eso; lo demás
seria...
SANDOV. Pues esa gracia
tiene poca gracia; andar
á exponerse á que una horda
de malhechores, quizás
atentara á su existencia!
SEBAST. Al irla á felicitar
la córte, todos dijeron
lo que tú.
SANDOV. Es natural.
SEBAST. Y al hablarla de bandidos
contesta que no los hay.
SANDOV. Que me lo pregunte á mí.
SEBAST. Y á mí! Ya te acordarás
del chasco de Catalina?
SANDOV. Dime ¿ha logrado indagar
algo de su paradero
mi tio el ministro?
SEBAST. Está
lo mismo que el primer dia.
Te acuerdas de aquel truhan
que la acompañó á la quinta,
que nunca quiso soltar
una caja que llevaba
debajo del brazo?
SANDOV. Es verdad.
SEBAST. Pues resultó de las señas
que se tomaron allá,
que aquella caja es la misma
de la joyeria real
en que estaban los diamantes
robados: y en ellos los que han...
Pues!
SANDOV. Entiendo (Desdichada!)

SEBAST. Esa canalla, es capaz...
SANDOV. (Á quién se lo cuenta...) Crees...
SEBAST. De cualquiera atrocidad.
Y á todo esto, á nuestra vuelta
no te puedes figurar
en qué lio nos metieron...
SANDOV. Y por qué?
SEBAST. Recordarás
que tu tio prohibió
que pudiese transitar
coche alguno, excepto el suyo:
pero como el suyo...
SANDOV. Ya!
SEBAST. Se lo llevó con su astucia
esa mujer infernal,
tu tio, Diana y yo
tuvimos que apechugar
con el primero que hallamos;
empezó la marcha, y á
cada vuelta del camino
un piquete en el cristal:
«De órden del señor ministro
sírvanse ustedes bajar...
Pero...«No hay pero que valga.—
Abajo.»—Comprenderás
cómo estaria tu tio.—
«Soy el ministro!»—«No hay tal;
conocemos su carruaje,
que ha pasado rato há.»
La pobrecilla Diana
le queria sosegar,
diciendo que eran sus órdenes,
y que ellos no hacian mas
que cumplirlas: y él gritaba...
«Pero cómo he de mandar
que me detengan á mí
y que pasen los demas?»
SANDOV. Ese rasgo es de mi tio,
auténtico, original.
SEBAST. Para mí y para Diana,
á decirte la verdad,
no era pesado el camino;

ya sabes: cuando uno va
al lado del bien que adora...

SANDOV. Cómo es eso? Perillan!
Asi has cumplido el encargo
que te hice yo al marchar?

SABAST. Te diré: me pareció
que el medio mas eficaz
de impedir que otro cualquiera
la viniese á enamorar...

SANDOV. Era enamorarla tú?
Vaya un medio singular
de cumplir con los encargos!

SEBAST. Como ella es tan linda y tan...

SANDOV. Pues me gusta la salida!
Váyase usted á fiar
de...

SEBAST. No puedes figurarte
qué peso tan colosal
sentí quitarme de encima,
cuando te oí pronunciar
aquel *no* tan decidido!
Qué heróico estuviste!

SANDOV. Ya!

SEBAST. Y como ahora ya cuento
con que nos protegerás...

SANDOV. Veremos.—Y á esos amores
qué dice mi tio!

SEBAST. Está
completamente en ayunas.
Si él llegase á sospechar
asi...

SANDOV. Qué sucederia?

SANDOV. Que me desahuciara.

SEBAST. Bah!
Si consigues que él se oponga,
antes de un mes os casais.

ESCENA III.

DICHOS, el CONDE DE MONTE MAYOR y DIANA, de gala.

CAMPOM. Por mas que la reina insista,

cállate. (Á su hija.)

SANDOV. Tio y señor...

CAMPOM. Cómo tiene usted valor
de presentarse á mi vista?

SANDOV. Estando yo antes aquí
debeis confesar por Dios,
que no soy yo, sino vos
el que os presentais á mí.

CAMPOM. Y qué? Sábete, aunque ensartes
esa prueba inconducente,
que el gobierno, virtualmente,
está siempre en todas partes.

SANDOV. De sobra... lo sé yo ya.

CAMPOM. Me alegro. Vamos á ver:
podrá el gobierno saber
qué viniste á hacer acá?

SANDOV. Tio, no he venido á mas
que á besar la régia diestra:
pero estrecharé la vuestra
antes.

CAMPOM. La mia? Jamás.
Casada la reina espera
que va á encontrar á Diana.
Qué diré á la soberana?

SANDOV. Decidla que está soltera.
Mas si fuese vuestro plan
el casarla pronto y bien,
dadla en matrimonio...

CAMPOM. Á quién!...

SANDOV. Á quién? Á don Sebastian.
Él idolatra á la bella;
ella idolatra al doncel...

CAMPOM. Es decir que ella ama á él?...

SANDOV. Justamente; y él á ella.
Lo hareis como digo yo:
no es verdad, tio del alma?

CAMPOM. Lo meditaré con calma;
no digo ni sí, ni no.
Vea si medrar pudiere:
y si llega á prosperar...

DIANA. Podrá entonces esperar?... (Cariñosamente.)

CAMPOM. Sí tal: que espere, que espere.

Ministro de Portugal
yo soy, pero no ambiciono
el colocarle en el trono:
cuando sea general...

SEBAST. Dios mio!

CAMPOM. Buscad la traza;
y como decirse suele,
si sois perro que bien huele
yo os daré rastro de caza.

SEBAST. Pues bien, dádmelo cuanto antes.

CAMPOM. Tendrá riquezas y honores
el que prenda á los traidores
que robaron los diamantes.

SEBAST. Pero, están aquí?

CAMPOM. Lo infiero:
sé que llegaron de noche,
y al apearse del coche,
fué tras ellos mi cochero.
Su propina les pidió
y... creeis que esos canallas
le dieron cuatro medallas?...

SEBAST. Falsas?

CAMPOM. Eso dije yo.
Mandé llamar al momento
al ensayador Paredes.

SANDOV. Y bien?

CAMPOM. Ahí verán ustedes
cómo fracasa el talento.
Mi cochero sostenia
que eran buenas: yo que no:
y el ensayador falló...

TODOS. Por supuesto!

CAMPOM. En contra mia.
Por poco entonces le enristro
por tamaño desafuero...

SANDOV. Por qué?

CAMPOM. Porque dió á un cochero
la razon contra un ministro.

SANDOV. Teniéndola, no es desdoro.

CAMPOM. Cierto: yo me acaloré,
pero luego recordé
que la razon se da á un moro.

Ello no ha de pasar de hoy
que no esten en mi poder...

SANDOV. Pero, podremos saber
en qué paró?

CAMPOM. Á eso voy.
Interrogando despacio
al cochero, me afirmó
que á los ladrones dejó
en la puerta de palacio.
Con que aquí de vuestras obras.
(Á Sebastian.)

SEBAST. Creeis que aun esten?

CAMPOM. Yo? sí.

SANDOV. Y á qué vendrian aquí?

CAMPOM. Toma! Á arrebañar las sobras.
Yo mandé, por precaucion,
que venga la policia
á guardar la joyeria.

SEBAST. Han dejado algo?

CAMPOM. El cajon.

SEBAST. Sois un ministro sin par.
No me canso de admiraros:
busco con quien compararos
y no lo puedo encontrar.

CAMPOM. En la edad presente, no;
porque son siglos oscuros:
pero en los tiempos futuros
habrá algunos como yo.
El consejo de regencia
debe unirse luego,
y voy á poner en juego
el peso de mi influencia
en una grave cuestion.
Es un encargo espinoso,
dar á la reina un esposo
digno de nuestra nacion.

DIANA. Y quién se lo ha de escoger?

CAMPOM. De su padre la bondad
impuso á nuestra lealtad
este penoso deber,
y como yo solo trato
del bien del pais, confio

darle un candidato mio.

SANDOV. (Desdichado candidato!)

SEBAST. Y yo por ver si consigo
merecer vuestra indulgencia,
voy con toda diligencia
á acechar al enemigo.

(D. Sebastian va á dirigirse á la puerta derecha y aparece en ella un Ujier.)

UJIER. Su excelencia, el Conde Alfredo
Magallanes de las Fuentes. (Váse.)

ESCENA IV.

D CHOS y REBOLLEDO de gran gala con toda esplendi dez.

CAMPOM. Gran casa! Sus ascendientes
lucharon con Godofredo.

MUSICA.

(Al ver á Rebolledo se queda estático D. Sebastia- cerca de la puerta: Sandoval y Diana hácia la izquierda en primer término; pero el Ministro contempla á Rebolledo muy satisfecho, y este le saluda extremado con toda seguridad.)

SEBAST. }
DIANA. } Ah!!
SANDOV. }

SEBAST. Qué miro?

DIANA. Primo!

SANDOV. Oh Dios!

DIANA. }
SANDOV. } Me confunde
su valor.

CONCERTANTE.

SEBAST. (Si no mienten mis sentidos
es la cara del villano,
que al tesoro soberano
ha atentado criminal!)

SANDOV. Piensa, prima, que mi amada, (Á Diana)

estará con el villano:
si descubres el arcano
nos casamos, pese á tal!

DIANA. Yo haré, primo, sin demora (Á Sandoval.)
todo cuanto esté en mi mano,
por sacarle del pantano
y salvar á mi rival.

CAMPOM. (En el grave continente
de este noble lusitano,
se adivina de antemano
que es persona principal.)

REBOLL. (Entre un falso monedero
y un ministro cortesano,
jugaremos mano á mano,
que el partido es muy igual.)

SEBAST. Óigame aparte. (Al Ministro.)

CAMPOM. Qué me quereis?

SEBAST. En ese conde
creo yo ver
un exactísimo
retrato fiel
de aquel bandido
de Lucifer.

CAMPOM. En ese conde?
No puede ser.
Bien sus modales
dicen quien es.

SEBAST. Yo lo jurára.

CAMPOM. De veras, eh?
Como al bandido
ver no logré,
antes que hagamos
un mal papel,
sin que él lo observe
haced que os den
mi hija y Enrique
su parecer.

REBOLL. (De estas cabezas,
voto á Luzbel,
exceptuando
la del Marqués,
ninguna tiene

peso de ley.)

(Sebastian se acerca con el Ministro á Sandoval á *soto, voce.*)

SEBAST. (Mira bien con atencion
á ese conde que está aquí.
No es verdad que es el ladron?

SANDOV. Se parece como á mí.

(El Ministro mira á D. Sebastian con ojos de compasion: como diciendo... «Qué aturdido es este jóven.»—D. Sebastian coge al Ministro y se dirige con él á Diana.)

SEBAST. Observad con atencion (Á Diana.)
á ese conde que está aquí.
No es verdad que es el ladron?

DIANA. Se parece como á mí.

CAMPOM. Por fortuna su opinion
tan á ciegas no creí:
si no tengo prevision
es un chasco para mí.

SEBAST. Señor, no tengais duda.

CAMPOM. Andad con Lucifer!

SEBAST. Señor, yo juraria...

CAMPOM. Jurara yo tambien
que vos soñais despierto.

SEBAST. Y me lo harán creer.—
Es su gesto, su ademan,
y todos dicen
que es aprension:
Yo jurara, voto á san!
que se parece
mucho al ladron.)

DIANA. }
SANDOV. } Veis visiones, Sebastian.
burla el deseo
vuestra razon.
Por salir á capitan
en cada sombra
veis un ladron.

REBOLL. (Qué demonios tratarán
en su indiscreta
conversacion?
De los labios del galan,

pende tan solo
verme en prision.)

CAMPOM. (Hoy sin falta á Sebastian
mando á un castillo
por correccion...
por creer que haya un truhan
entre personas
de distincion.)

CAMPOM. Vos sois Fuentes de Tavira? (Á Rebolledo.)
REBOLL. No señor: Fuentes de Alama.
CAMPOM. Entonces es otra rama.
Ya la conozco.
REBOLL. (Mentira.)
CAMPOM. Un antecesor murió
en el Brasil, de virey,
y descendia del rey...
REBOLL. Cabal. (Del rey que rabió.)
Y, qué hablabais?
CAMPOM. No os asombre:
el señor don Sebastian
hallaba en vuestro ademan
que os pareceis á un mal hombre.
REBOLL. Es tal vez el mayordomo
de cierta dama?
CAMPOM. Cabal!
Le conoceis vos?
REBOLL. Sí tal:
un bribon de tomo y lomo,
que es pariente y parecido.
SEBAST. Ved si tuve ojo certero.
Perdonadme, caballero, (Á Rebolledo.)
si en tal error he incurrido.
(Y en efecto, hay diferencia:
en este hay mas dignidad.)
(Sale un Ujier.)
UJIER. Señores, su majestad
no recibe hoy en audiencia.
CAMPOM. Es claro; hoy no corresponde.
Aun debemos despachar...
UJIER. Solamente es dable entrar

en la estancia, al señor Conde.
(Por Rebolledo.)

CAMPOM. Al conde? Pues voto á tal!
y á mí?

UJIER. No hay órden alguna.

CAMPOM. (Sospecho que el conde es una
influencia extralegal:
me lo ha dado el corazon.)

UJIER. Señores, su majestad
ruega tengan la bondad
de despejar el salon. (Váse.)

SANDOV. Si ahora tu buena estrella (Bajo á Rebolledo.)
te libra de mi furor,
agradécelo al temor
de que la prendan á ella.
Pero en la antesala espero,
y al mas leve desacato
contra la reina, te mato.

REBOLL. Muchas gracias, caballero.
(Vánse todos por la derecha menos Rebolledo.)

ESCENA V.

REBOLLEDO solo.

Me llama su majestad
á solas en conferencia:
cuestion debe ser la audiencia
de muchísima entidad.
Me siento... cosa mas rara!
un si es, no es, asustado:
como yo nunca he mirado
á una reina cara á cara!...
Mas qué hay en ello que asombre
ó pueda infundir temores?
En apreturas mayores
me he visto, voto á mi nombre!
(Saca un pliego.)
la memoria traigo aquí
que á la reina he de entregar.
Habré logrado acertar?
Vamos á ver. Dice así: (Lee.)

«Estando preso, señora,
por la santa inquisicion,
una dama en mi prision
entró cubierta á deshora,
y me dijo: «Rebolledo,
tu vida quiero salvar:
me puedes falsificar
este diamante?—Sí puedo;
mas viviendo de esta suerte
no es posible tal faena.»
Ella rompió mi cadena
y mi sentencia de muerte.
La obra al fin se acabó;
y al mostrársela altanero,
el diamante verdadero
con el falso confundió!
Dama vuestra dijo que era,
y que vuestra real persona
al recibir la corona
de que era digna heredera,
hallaba á su pueblo amado
triste, pobre y abatido,
y agotado y consumido
todo arbitrio del Estado.
«Este es el medio mejor
»de consolar tanta pena.»
Dijo; y abrió un arca llena
de joyas de gran valor.
«Falsificadlas; que el oro
ponga fin á la indigencia,
sin que pierda en la apariencia
nuestra reina su tesoro.»
Pasando por mi sobrina,
vuestra dama ha inspeccionado
el pasmoso resultado
de mi actividad contina.
Ya la obra se acabó
y á vuestras plantas la ofrezco;
decidme si ya merezco
la vida que ella me dió. (Representando.)
Bien.—Lo demas es corriente.
En pago de mi lealtad,

me nombra su majestad
de policía intendente.
Verá la reina si puedo,
ó no, el empleo servir.—

UJIER. Su majestad va á salir.

REBOLL. Ea, valor, Rebolledo!

ESCENA VI.

REBOLLEDO, LA REINA, sin adorno en la cabeza: Rebolledo va á besarla la mano.

REINA. Levanta, Rebolledo.

REBOLL. Gran señora...
Qué miro! Catalina!
La confidenta de la reina!

REINA. Nunca.
La reina es quien pasó por tu sobrina.

REBOLL. Señora...

REINA. Tu lealtad ha redimido
las faltas que otro tiempo cometieras:
y cuando esta mañana
de Portugal yo ciña la diadema,
falso será el tesoro
en mi sien colocado;
pero por tí mis pueblos tendrán oro
y abundancia las arcas del Estado.

REBOLL. Aquí teneis, señora,
factura competente
de cuantas ricas joyas hasta ahora
por vos falsifiqué: cuenta corriente
tambien encontrareis de los caudales
con que cada emisario
al recorrer extrañas capitales
el tesoro aumentó de vuestro Erario.

REINA. Mil gracias, Rebolledo.
Ya, al presente, reinar sin vejaciones
en mis dominios puedo;
pero cuenta, que nadie en este dia
sospeche tan siquiera
la mala ley de la corona mia.

REBOLL. Con la vida, señora, respondiera.

Que al mirar de su reina la persona
la turba cortesana,
aun mas que el resplandor de la corona
la cegará los rayos que despida
la frente de su hermosa soberana.

REINA. Adulador se vuelve el intendente;
y cuenta, que al confiarle tal encargo
exijo que me diga lo que siente:
dulce, si es dulce: amargo, si es amargo.
Vamos á ver. Qué dice
el pueblo portugués? Está contento?

REBOLL. Vuestro pueblo bendice
el dichoso momento
en que, segun del rey el testamento,
elija la regencia vuestro esposo;
y hasta haberlo aceptado
no sereis de este reino soberana.

REINA. Y no se ha vislumbrado
de los regentes la intencion?

REBOLL. Señora,
la diplomacia en trabajar se afana.
Del Pontífice á espensas
dicen algunos que Pombak recibe
cantidades inmensas,
para que entre los príncipes de Nápoles
elija para vos real marido,
El marqués de Lautza, segun dicen,
se encuentra por el Austria decidido.
Campomayor navega en rumbo vario;
susurran si á la España está vendido.

REINA. Es decir, que mi esposo...

REBOLL. Será el que puje mas en la subasta.
El porvenir, por cierto, no es hermoso
para un ángel cual vos.

REINA. Oh! basta! basta!

REBOLL. Si mi relato, oh reina! os incomoda,
la relacion suspendo...

REINA. No: prosigue
hasta decirla toda.

REBOLL. Toda?

REINA. Toda.

REBOLL. Pues he llegado á averiguar, señora,

que un noble portugués, no amigo mio,
con el alma os adora.

REINA. Adorar á la reina? Desvario!

REBOLL. A la reina? No es eso.
Y este amor, que quizás labre su ruina,
me valiera estar preso,
si no hubieran debido prender juntos
al par de Rebolledo á Catalina.

REINA. Don Enrique?

REBOLL. Es el nombre del amante.

REINA. Yo haré que pague cara su osadia:
(Con fingido rigor.)
de Portugal le alejaré al instante.

REBOLL. Mejor premio su llama merecia.

REINA. Silencio, Rebolledo:
noticias, no consejos te demando.
Voy á reinar, y acariciar no puedo
ensueños ilusorios.

REBOLL. Pero un amor
que vuestro honor no ultraje...

REINA. Imposible!

REBOLL. Señora, yo creia
que en el real lenguaje
la palabra *imposible* no existia.

REINA. Idos: quiero estar sola.

REBOLL. Me retiro.

REINA. Mas tarde volvereis.

REBOLL. Lo haré, señora.
(Mira á la Reina, que ha llevado el pañuelo á los ojos, y la voz tomada del llanto.)
Se escapa de sus labios un suspiro!
Desde que es reina, llora. (Váse.)

ESCENA VII.

LA REINA sola.

MUSICA.

De qué me sirve, oh cielo!
el trono y su esplendor,

si cuesta la corona
la paz del corazon!
Sus tiernas quejas
dice el pastor
á la zagala
que enamoró;
y hasta el mendigo
tiene eleccion
cuando abre el alma
á un casto amor.
Ay! Todos hallan dicha:
pero la reina, no.
Huye del alma,
blanca ilusion,
que el pecho mio
acarició.
Débil y amante
mi corazon,
riega con lágrimas
su último adios.
Ay! todos tienen goces:
pero la reina, no.

ESCENA VIII.

REINA, sentada, y CAMPOMAYOR.

CAMPOM. Si permites...
REINA. Permitido.
CAMPOM. Del consejo vengo en nombre,
á daros cuenta del nombre
á quien hemos elegido.
REINA. Tanta premura me extraña.
Y quién es, Campomayor?
CAMPOM. Señora, tendrá este honor
un hijo del rey de España.
El reino de España es tierra
que hace tiempo deberia
ser nuestra, y lo será el dia
que apelemos á la guerra.
REINA. Soy de la misma opinion.
Si se abriese una campaña

entre Portugal y España
harian una nacion.
Con la diferencia sola
de llamarse la tierra esa...

CAMPOM. Península Portuguesa...

REINA. Ó península Española. (Con intencion.)
Cuestion de nombre.

CAMPOM. Es verdad.
Pero mi plan lo concilia
con un lazo de familia;
y pues vuestra majestad
es de la misma opinion...
ruego se digne firmar... (Le da el acta.)

REINA. Bien.—Solo quiero apuntar (La mira.)
una modificacion. (Escribe.)

CAMPOM. (Qué efecto le ha hecho el modo
con que se lo he presentado!
En los negocios de Estado
la buena forma es el todo!)

REINA. Tomad. (Le devuelve el acta.)

CAMPOM. (Qué pronto accedió!) (Lee.)
«El consejo poderoso
»permitirá que mi esposo
»pueda escogérmele yo.»

REINA. Qué os parece?

CAMPOM. Como cuadre
á vuestro mejor intento:
mas no obstante, el testamento
de vuestro difunto padre
y las leyes del pais,
quedarán en descubierto.

REINA. Todo se hará de concierto
si vosotros consentis.

CAMPOM. Pero la ley ..

REINA. Ya lo sé.
Si acaso el consejo invoca
la ley, por lo que á mí toca
yo tambien la invocaré.
Sabeis que mis gobernantes
responden de mis riquezas
con sus bienes y cabezas?
En dónde estan mis diamantes?

CAMPOM. Señora, una mano aleve
ese tesoro ha robado.
REINA. Y un ministro de Estado
á decírmelo se atreve?
Es así como guardais,
ministros de mala ley,
los bienes de vuestro rey?
CAMPOM. Señora, os equivocais.
De cuanto aquí aconteció,
no puedo ser delincuente,
porque me encontraba ausente.
No sucediera á estar yo.
REINA. Esa excusa no os abona;
porque sé de buena tinta
que se alojó en vuestra quinta...
CAMPOM. Quién, señora?
REINA. La ladrona.
CAMPOM. (Quién demonios la informó?)
Señora, me calumniaron;
no hay tal cosa: os engañaron.
REINA. Con que no hay tal cosa?
CAMPOM. No.
REINA. Pues me han contado, que el viaje
desde vuestra quinta, Conde,
lo hizo Catalina...
CAMPOM. Dónde?
REINA. En vuestro propio carruaje.
CAMPOM. (Pues señor yo pierdo el tino!)
Qué iniquidad!
REINA. Y añadieron
que vuestros cómplices fueron
Diana y vuestro sobrino.
CAMPOM. De ese no digo que no.—
(Ya que avanza el torbellino,
que se pierda mi sobrino
con tal que me salve yo.)
REINA. Pues prendedle sin demora,
aquí mismo... lo entendeis?
y á los regentes direis...
CAMPOM. Qué he de decirles, señora?
REINA. Que esa ley aunque tirana,
dispuesta á atacar estoy;

mas si ellos la cumplen hoy
cumpliré yo otra mañana.
Que lo mediten bien antes;
porque en la coronacion
quiero mi libre eleccion
con su firma, ó mis diamantes.

CAMPOM. Señora, por caridad!

REINA. Mis diamantes.

CAMPOM. (Suerte impia!)

ESCENA IX.

DICHOS, DIANA.

DIANA. Señor...

CAMPOM. Quién es?—Hija mia,
ven, ruega á su majestad.
mi vida está amenazada! (Al oido.)

DIANA. Ah! piedad de él y de mí.
Cielos! (Reconociendo á la Reina.)

REINA. Calla; y dí que sí. (Bajo á Diana.)

DIANA. Señora...

REINA. (No temas nada.)
Si sois culpable; ó no, Conde,
que vuestra hija lo decida.

CAMPOM. Interrogadla.—Mi vida (A Diana.)
está en tus manos.)

REINA. Responde.
Tu padre, hospitalidad
le dió á Catalina un dia?

CAMPOM. (Niégalo todo, hija mia.) (Ap. á Diana.)

DIANA. Señora, todo es verdad.

REINA. Su mismo coche le dió!

CAMPOM. Niega! (Bajo á Diana.)

REINA. Acaba de informarme.

CAMPOM. Niega: que pueden ahorcarme. (Bajo.)

DIANA. Si señora: en él huyó.

CAMPOM. (Horror de naturaleza!)

REINA. Conde...

CAMPOM. (Caí en el garlito!)

REINA. Ya sabeis que este delito
puede costar la cabeza.

CAMPOM. (Pecho al agua.) Es cierto: yo
no la prendí cual debia...
porque aquel rostro de arpia
á todos nos aterró.
REINA. Tan feo era?
CAMPOM. Endiablado!
DIANA. Si era un ángel!
CAMPOM. Con un ceño...
DIANA. Si era muy bella!
CAMPOM. (Qué empeño
en ver á su padre ahorcado!)
REINA. Está bien.
CAMPOM. Piedad!
REINA. Veré
si mereceis mi indulgencia,
segun falle la regencia
la enmienda que os entregué.
Y si en la coronacion
no habeis preso á los culpados,
por no ser exonerados
presentad la dimision.
Adios, conde.—Con mi ayuda
(Á Diana, bajo.)
puedes contar desde ahora
si callas.
DIANA. Por vos, señora,
seré ciega, sorda y muda. (Váse la Reina.)

ESCENA X.

CAMPOMAYOR y DIANA.

CAMPOM. Orígen de mi desgracia!
DIANA. Si era verdad!
CAMPOM. Calla, impia!
no pareces hija mia:
qué falta de diplomacia!
Ó hemos de hallar la corona,
ó nos ahorcan; es llano:
y todavia hay cristiano
que me envidie la poltrona!
DIANA. Pues dejadla sin pesar,

y vivireis mas felice.
CAMPOM. Calla, tonta: eso se dice
siempre que se ha de soltar.
DIANA. Padre!
CAMPOM. Te parece nada
perder poltrona y pellejo?
Antes de soltar, me dejo
los dientes en la tajada.
Ya verás cómo me salgo
con la mia.—Te figuras
que puesto yo en apreturas
no soy capaz de hacer algo?—
Por de pronto, arrestaré
á todo el que encuentre al paso,
y á mis colegas el caso
de la Reina propondré.
Y si acaso bien á bien
no accediesen á mi ruego,
mando prender desde luego
á mis colegas tambien.
Cuando uno se ve atacado
la defensa es natural.
UJIER. El Marqués de Sandoval.
CAMPOM. Á qué buen tiempo ha llegado!

ESCENA XI.

DICHOS y SANDOVAL.

SANDOV. Tio, por piedad!
CAMPOM. Qué es ello?
SANDOV. Salvadla de su ruina:
la vida de Catalina
pende solo de un cabello!
CAMPOM. Está ya presa?
SANDOV. El bribon
del cochero que la trajo
la divisó desde abajo
tras el cristal de un balcon,
y ha ido á dar parte: es cosa
de matar á ese tunante.
CAMPOM. Pues yo le daré al instante

la cruz de Villaviciosa.

SANDOV. Si pide vuestra bondad
su vida á la soberana,
mis bienes cedo á Diana.
Pero antes, por caridad
aseguradme...

CAMPOM. Á eso voy,
y pronto.—Don Sebastian! (Llamando.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. SEBASTIAN.

SEBAST. Qué quereis?

CAMPOM. Á ese galan
órden de prender os doy.
No es eso lo que querias? (Á Sandoval.)
Pues ya estás asegurado.

SANDOV. Cómo!... Á un grande del Estado,

CAMPOM. La ley no ve jerarquias.
Orden la reina me dió,
y estás convicto y confeso.

SANDOV. Yo confeso!... Cómo es eso?

CAMPOM. Porque he confesado yo.

SANDOV. Cuando mi juicio se abra
al trono me iré á quejar.

CAMPOM. Por si no te dan lugar
escúchame una palabra.
Tú te metiste en el lio:
yo ignoraba esas intrigas;
por consiguiente no digas
que tú eres sobrino mio.

SANDOV. Lo estoy oyendo y lo dudo!
Conque renegais de mí?

CAMPOM. (Aqui del carácter!) Sí, .
porque manchaste mi escudo.

DIANA. Padre, por Dios!

CAMPOM. Y he de hacer
que el Santo Oficio le tueste.
(Con otro golpe como este
me eternizo en el poder!) (Váse.)

ESCENA XIII.

DIANA, D. SEBASTIAN, SANDOVAL.

SEBAST. Diana, qué he de hacer yo!
DIANA. No lo sabeis?
SEBAST. No á fé mia.
Qué hariais vos?
DIANA. Cumpliria
lo que la reina mandó. (Váse.)

ESCENA XIV.

SANDOVAL, D. SEBASTIAN.

SANDOV. Ella tambien? Suerte airada!
Todo en mi mal se conjura.
SEBAST. Que has hecho, se me figura,
una gran calaverada.
Mas no temas, voto á brios!
Si la madeja se enreda,
suceda lo que suceda,
nos escapamos los dos.
SANDOV. Gracias, Sebastian: mi estrella
luz de su estrella recibe:
quiero vivir si ella vive;
si muere, morir con ella.
SEBAST. Pues yo á ayudarte me obligo:
pero viene ya á esta sala
toda la córte de gala.
Vente á la guardia conmigo.

ESCENA XV.

CABALLEROS, DAMAS, altos dignatarios del Estado, vestidos de gala.

CORO DE AMBOS SEXOS.

UNOS. No se traslució?

OTROS. Todavia no.
Discutiendo aun
la regencia está.

UNOS. Late el corazon
vivo en emocion
por saber quién sea
el que triunfará.

TODOS. Quién será
el feliz mortal
que cautive el amor de la reina
de Portugal?
Triste condicion
para el corazon
de la bella niña
que á reinar hoy va.
Entregar en flor
su primer amor
al que la regencia
le señalará.
Quién será
el feliz mortal
que con ella se siente en el trono
de Portugal?

(Descórrese la cortina del fondo y aparece el trono. Óyese en el interior marcha real.)

TODOS. Rasga los aires
eco marcial:
viene ya al trono
la majestad.
Un grito solo
se oiga sonar.—
Gloria á la reina
de Portugal!

ESCENA XVI.

Entra la REINA con manto y sin corona.

REINA. Gracias! Á mis oidos
nunca resonarán ecos mejores.
Los ojos de la reina humedecidos
dan la respuesta á vuestro amor, señores.

El nombre de mi esposo
mi corazon de la regencia espera:
es de la ley el fallo riguroso;
cumplámosle, la reina la primera!
Confieso que me aterra
la dura incertidumbre de su fallo,
mas no teniendo jueces en la tierra
quiero ser impecable ante el vasallo.

ESCENA XVII.

DICHOS, CAMPOMAYOR y dos REGENTES.

REINA. Avance la regencia.
CAMPOM. (Sin corona está aun... malo me siento!)
Esta es la decision. (Presenta el acta.)
REINA. (Ay! mi existencia
pende de ella...) Leed... Me falta aliento.
CAMPOM. «El consejo cuidadoso (Leyendo.)
»del bien de esta gran nacion,
»deja á vuestro corazon
»la libre eleccion de esposo.»
Está firmado y sellado.
(Durante la lectura el semblante de la Reina deja entrever la alegria y despues toma su natural dignidad.)
REINA. Gran compromiso es por cierto,
y yo voy á ver si acierto
la razon que os ha inspirado.
Tres córtes, segun mis cuentas,
me asedian desde la cuna:
si contentamos á una
dos quedarán descontentas.
Para que no haya rivales
que disputen su influencia,
ha querido la regencia
dejar á las tres iguales.
No es verdad?
CAMPOM. Precisamente.
(Ni se me ocurrió un momento.)
REINA. Y yo acepto el pensamiento
y me resigno obediente.

Y en vez de uno de los tres
pensaron, segun infiero,
que mas que un noble extranjero
valdrá un noble portugués.
No es verdad?

CAMPOM. Precisamente.
(Maldito si entiendo ni esto!)

REINA. La regencia lo ha propuesto
por vuestro labio elocuente.
(Á Campomayor.)
Qué me queda, pues, que hacer,
no sabiendo rebatir
su lógica? Sucumbir
y dejarme convencer.
Mas para tener propicia
la Providencia á mi Estado,
quiero empezar mi reinado
con un acto de justicia.
Traed á vuestro sobrino. (Á Campomayor.)

CAMPOM. Cierto: castigarle os toca. (Váse.)

REBOLL. No abre el ministro la boca
que no diga un desatino.

ESCENA XVIII.

DICHOS, CAMPOMAYOR, D. SEBASTIAN, GUARDIAS conduciendo á SANDOVAL. Este y Sebastian avanzan hácia la Reina, que estará de espaldas, y al inclinarse á sus pies ambos la reconocen.

CAMPOM. Anda á escuchar á sus pies
tu sentencia!

SEBAST. Cielos!

SANDOV. Vos!

REINA. (Guardad silencio los dos!)
Me obligan, noble marqués,
á dar mi mano real...

SANDOV. Á quién!

REINA. Á un buen lusitano.

SANDOV. Y vos...

REINA. Doy amor y mano
al marqués de Sandoval.

SANDOV. Á mí, señora? (Cae á sus pies.)
REINA. Estos lazos
va á estrechar el himeneo.
Lloras? Ah! Cuánto deseo
verte llorar en mis brazos!
CAMPOM. Sobrino del alma mia!
Ven á abrazar á tu tio.
Te sientes malo, hijo mio?
SANDOV. No: me ahoga la alegria!
REINA. Conde, os dispenso el honor
de ser madrina mañana
en la boda de Diana
con mi montero mayor.
(Señalando á D Sebastian.)
CAMPOM. Señora, tanta bondad!
DIANA. SEBAST. } Cuán dichosos nos haceis!
REINA. Quiero que todos tomeis
parte en mi felicidad!—
SANDOV. Pero, señora, cómo es (Bajo á ella.)
que os viese yo entre bandidos?
fué ilusion de mis sentidos?
REINA. Eso lo sabreis despues:
mi tierno amor os abona
que es verdad esa ilusion,
mi cariño, mi pasion...
Solo es falsa mi corona.
Y como prenda real
del amor que en mí rebosa,
ven á partir con tu esposa
el trono de Portugal.
(Aparecen al pie de las gradas del trono, dos pajes sosteniendo la corona sobre un cogin.)

FIN DE LA ZARZUELA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 3 de Febrero de 1854.

QUINTO.

RERÍA DE ANTONINO ROMER

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
stados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

a, que acaba de ponerse á la venta,
amplio y fiel extracto los principales
xamina con imparcialidad la historia
ñala sus defectos y expone con minu-
lles lo referente á las relaciones exte-
España, siendo, por tanto, de gran inte-
nocer de un modo exacto el aspecto
de la cuestión cubana.
en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

LOS REINOS DE LAS INDIAS

andadas imprimir y publicar

POR

STAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

lición, corregida y aprobada por la
as del Tribunal Supremo de Justicia,
ación de la Regencia provisional del

nos en folio, 50 pesetas.

ÓFILOS ESPAÑOLES

completa de todos los tomos publi-
sociedad, de que se hallan la ma-

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALAC

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peset

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicad
hasta el día, y adicionado con un considerab
número de voces que no se encuentran en ni
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas e
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte par
el mejor aprovechamiento de las sobras, las re
glas para el servicio de una mesa y el modo d
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gra
bados, y aumentada con 60 minutas de almuer
zos y comidas para todos gustos y condiciones